

SL
1100

RECEIVED

1100

POETAS GRIEGOS Y LATINOS

NARCISO ALONSO CORTÉS

MODELOS LITERARIOS

POETAS
GRIEGOS Y LATINOS

R. 40.281



VALLADOLID

IMPRESA DEL COLEGIO SANTIAGO

1925

MANCISO ALONSO CONTRAS

MODELOS LITERARIOS

POETAS
GRIEGOS Y LATINOS

MANCISO

EDITORIAL EL CENICIENTO

1954

HOMERO

La selección de los poemas que componen el volumen de Homero, se basó en el estudio de los textos que se encuentran en las ediciones de J. C. Heubeck y G. Sifakis, A. Heubeck y G. Sifakis, y en las ediciones de J. C. Heubeck y G. Sifakis, y en las ediciones de J. C. Heubeck y G. Sifakis.

POETAS GRIEGOS

LA ILIADA

1940-1941

Esta y la segunda edición de Homero, que se publicaron en 1940 y 1941, se basaron en las ediciones de J. C. Heubeck y G. Sifakis, y en las ediciones de J. C. Heubeck y G. Sifakis, y en las ediciones de J. C. Heubeck y G. Sifakis.

B40.281

HOMERO

La opinión de los que afirman la existencia de Homero, se inclina a suponer que vivió en el siglo IX antes de J. C. Nació probablemente en Smirna. A más de la *Ilíada* y la *Odisea* se le atribuyen varios himnos y epigramas y un poema titulado *Margites*.

LA ILÍADA

DEL LIBRO XXII

Dijo: y la aguda espada desnudando
que pendiente llevaba, hacia el Aquivo
se encaminó derecho. Como suele
el águila que vuela en las alturas,
atravesando arrebolada nube
para coger la tierna corderilla
o la tímida liebre, a la llanura
rápida descender; así, empuñada
la espada cortadora contra Aquiles
Héctor marchaba. Adelantóse el Griego:
y de terrible cólera llenando
su corazón, con el brillante escudo

cubrió su pecho todo; y ondeaba en la cimera del luciente yelmo el penacho, agitadas blandamente las crines de oro que flexibles hizo el Dios Vulcano. Cual brillante marcha en noche oscura entre los otros astros la estrella matutina, que de todas cuantas ostenta el azulado cielo es la más refulgente y más hermosa; así lucía la brillante punta de la terrible lanza que en su diestra para mal del Troyano ya blandía Aquiles, observando cuidadoso por qué parte del cuerpo fácilmente podía herirle. De las ricas armas todo estaba cubierto que a Patroclo ya cadáver quitara; y solamente un poco descubierta se veía, en el paraje que del hombro el cuello divide, la garganta; y es el sitio por do la vida de los hombres pronto sale del cuerpo. Con su fuerza toda allí, pues, le clavó la aguda pica sonriéndose Aquiles, y la punta, atravesando el vigoroso cuello, por la nuca salió; mas la garganta no le quiso cortar, para que hablase unas breves palabras todavía.

Cayó Héctor en la arena, y ufano así le dijo el vencedor Aquiles:

«¡Héctor! cuando el cadáver de Patroclo
de mi rica armadura despojabas,

»seguro ya sin duda te creiste,
 »y porque estaba ausente, imaginaste
 »que nunca yo su muerte vengaría.
 »¡Necio! en las griegas naves a Patroclo
 »un vengador quedaba, muy más fuerte
 »y valeroso que él, aunque estuviera
 »lejos entonces; yo, que moribundo
 »ya te miro a mis pies. Tú de los perros
 »y carnívoras aves el ludibrio
 »serás; pero los Griegos a Patroclo
 »honrarán con magníficas exequias.»

Y con lánguida voz Héctor le dijo:
 «Por tu vida te ruego, y por tus padres,
 »que en las naves aqueas no permitas
 »que mi triste cadáver de los perros
 »hórrido pasto sea. Cuanto pidas
 »de bronce y oro te darán mi padre
 »y mi madre infeliz, si les entregas,
 »para que los Troyanos y Troyanas
 »le quemén en la pira, mi cadáver.»

Con torva faz habiéndole mirado,
 Aquiles respondió: «¡No me supliques,
 »perro, ni por mi vida, ni mis padres!
 »Ojalá, de furor arrebatado,
 »a cortar en pedazos me atreviera
 »por mi mano tu carne, y a comerla
 »cruda: tales agravios recibidos
 »tengo de ti. No esperes que tu cuerpo
 »nadie en el mundo defender ya pueda
 »de los voraces perros. Si diez veces,
 »veinte veces, mayor de lo que es justo
 »un rescate me dieran aquí mismo

- › trayendo las riquezas, y otras muchas
- › me prometiesen; si tu anciano padre
- › a peso de oro redimir quisiera
- › tu cuerpo, ni el consuelo así tendría
- › tu infeliz madre de llorar al hijo
- › de sus entrañas, en dorado lecho
- › poniendo su cadáver; que pedazos
- › antes le harán los perros y los buitres.»

Exhalando los últimos alientos,
 Héctor le respondió: «Bien conocido
 › me eras ya, cuando ahora a suplicarte
 › me resolví. No me engañé; sabía
 › que era inútil hablarte, y que es de hierro
 › tu corazón. Y entiende que los Dioses
 › mi muerte vengarán, cuando de Paris
 › las flechas por Apolo dirigidas,
 › por más que tan valiente hayas nacido,
 › te matarán ante la puerta Escea.»

Al decir estas últimas palabras,
 oscura sombra le cubrió de muerte,
 y el cuerpo abandonando, en rauda vuelo
 descendió el alma a la región sombría,
 su fatal suerte lamentando triste,
 porque muriera en juveniles años
 y un cuerpo vigoroso abandonaba.
 Y Aquiles, aunque muerto le veía,
 así le dijo en arrogantes voces:

«Muere tú ahora; y cuando Jove quiera,
 › y las otras Deidades, que se cumplan
 › los decretos del Hado, yo la muerte
 › recibiré también.» Así decía;
 y sacando su lanza del cadáver

y poniéndola al lado, de los hombros tintas en sangre le quitó las armas. Y los otros Aquivos acudieron, y en torno del cadáver admirados sus miembros tan fornidos contemplaban y la belleza del gracioso rostro; y entre tantos millares de guerreros no hubo quien no le diese su lanzada, y alguno así decía al más cercano:

«Héctor ahora que le palpen deja,
 »y se muestra más blando que aquel día
 »en que nuestros bajeles incendiaba.»

Así algunos dijeron, y de paso con su lanza le herían. Mas Aquiles, cuando ya le quitara la armadura, a todos los Aqueos reunidos así dijo en palabras voladoras:

«¡Príncipes y adalides de la Grecia,
 »dulces amigos! pues los altos Dioses
 »nos han dado vencer a este guerrero,
 »el cual solo más daño nos hacía
 »que todos los demás, en numerosa
 »hueste y con armas la ciudad cerquemos,
 »para ver lo que piensan los Troyanos:
 »si ya su capital y fortaleza
 »quieren abandonar, viendo caído
 »en tierra a su adalid, o si se atreven
 »a esperar todavía, aunque no vive
 »Héctor ya... Mas ¿qué digo? En nuestras naves
 »yace muerto, insepulto y no llorado
 »Patroclo, y olvidarle yo no puedo,
 »mientras en la región de los vivientes



- »hábite. Y aunque dicen que en el orco
- »toda memoria pierden los finados,
- »aun allí yo del infeliz amigo
- »me acordaré. Y así, Griegos valientes,
- »el alegre Peán cantando todos,
- »volvamos a las naves, y llevemos
- »este frío cadáver. Alcanzado
- »hemos glorioso triunfo al aguerrido
- »Héctor matando, al cual, como si fuese
- »una Deidad, los Teucros dirigen
- »dentro de Troya sus humildes votos.»

(Traducción de D. José Gómez Hermosilla.)

Extracto del libro XXII.—Aquiles se encamina a la ciudad. Príamo, que le ve llegar, ruega a su hijo Héctor que se retire; otro tanto hace Hécuba, madre de Héctor. Éste se niega; per , a la vista de Aquiles, empieza a temblar y huye espantado. Perseguido por Aquiles, da tres veces la vuelta a la ciudad. Júpiter pesa en la balanza los destinos de Aquiles y Héctor, y la muerte de éste queda predicha. Se entabla la lucha entre los dos héroes. Aquiles hiere mortalmente a su rival atravesándole la pica por el cuello. Héctor contesta con débil voz a las imprecaciones de Aquiles, y espira. Aquiles arrastra su cadáver hasta las naves, entre el llanto y la desesperación de Príamo, Hécuba y Andrómaca, a quien secundan las mujeres troyanas.



LA ODISEA

DEL LIBRO XVII

Ulises y el divino porquerizo
 detuviéronse cerca del palacio,
 donde llegó hasta ellos el sonido
 de la hueca forminge, porque Femio
 principiaba a cantarles a los procos.
 Cogiendo el héroe entonces por la mano
 al porquero, le dijo: «Esa es, sin duda,
 de tu rey la bellísima morada,
 fácil de distinguir, aunque se viese
 entre mil más, pues tiene varios pisos,
 patio con cerca y muro y puertas sólidas
 de dos hojas; de suerte que sería
 imposible forzarla a un hombre solo.
 Conozco que celebran un banquete
 en ella mucha gente, pues despide
 olor a carne asada, y he oído
 resonar la forminge, que los dioses
 han hecho compañera del banquete.»

El porquerizo Eumeo: «No es difícil,
 respondióle, que lo hayas conocido,
 pues tienes discreción para otras cosas;
 pero hay que decidir lo que ha de hacerse:
 o tú primero en la mansión magnífica
 penetras y te mezclas a los procos,
 mientras yo aquí me quedo; o si te agrada,
 aguarda, y yo entraré antes; mas no tardes,

no te vean afuera y te golpee
o te despida alguno. Piensa en esto.»

El valeroso Ulises le repuso:

«Bien se me alcanza, Eumeo, lo que dices,
que hablas a quien entiende. Ve delante;
yo me aguardaré aquí; pues ya probado
tengo lo que son golpes, y mi alma
está ya acostumbrada a resistirlos
con tantas desventuras padecidas
en el mar y en la guerra; las presentes
sumáranse a las otras. No es posible
disimular del hambre la violencia,
causa de tanto mal. Ella las naves
solidísimas arma, que llevando
la ruina al enemigo, raudas surcan
del infructuoso mar las olas verdes.»

Tales eran sus pláticas. Y un perro,
que allí estaba tendido, la cabeza
y las orejas levantó: era el *Argos*,
que aunque lo crió Ulises, no lo pudo
utilizar, porque partió a la guerra
de la sagrada Troya. Cuando joven,
le solían llevar a seguir liebres,
cabras de monte y ciervos, los mancebos;
mas ya ausente su dueño, despreciado
yacía carcomido por las moscas
en el montón de estiércol de las mulas
y los bueyes que estaba ante la casa,
hasta que los esclavos lo sacasen
para abonar los campos. A su dueño
conoció el perro, y meneó la cola
y agachó las orejas, mas no pudo

allegarse hasta él. Enjugó Ulises, al ver esto, una lágrima furtiva sin que le viera Eumeo, y al instante preguntó así al porquero: «Es asombroso que yazga abandonado en la basura un perro de esta traza. Pues su cuerpo es hermoso en verdad, por más que ignoro si unió la agilidad a la belleza, o si fué uno de tantos comensales de sus dueños, que sólo para gusto de los ojos los crían.» Respondióle el porquero: «Ese perro fué de un hombre que murió de aquí lejos. Si tuviese la actividad y cuerpo que tenía cuando Ulises fué a Troya, te asombraran su agilidad y fuerza. Toda fiera levantada por él, no se le iba ni en la más densa selva, pues insigne era en seguir un rastro. Mas ahora el infeliz padece. Su amo ha muerto fuera de su país, y no le cuidan las perezosas siervas. Pues si el amo no manda, los criados ya no cumplen sus deberes; que Júpiter tonante la mitad de su fuerza quita al hombre el triste día en que le torna esclavo.» Dijo así, y penetrando en la magnífica mansión, se fué derecho hasta la sala de los ilustres procos; y del perro *Argos* la negra parca de la muerte se apoderaba, en tanto, cuando al cabo de veinte años veía a su amo Ulises.

Telémaco, a los dioses semejante,
mucho antes que ninguno, al porquerizo
distinguió, y le llamó con una seña;
miró el porquero en torno, y una silla
donde solía estar el encargado
de repartir las viandas a los procos,
cuando allí banquetaban, cogió y cerca
de la mesa del príncipe la puso;
sentóse frente a él, y de seguida
una ración le presentó el heraldo,
y a más pan que tomó de un canastillo.

Entró poco después el grande Ulises
de un anciano mendigo en la figura,
apoyado en su palo, y con harapos
miserables vestido, y en el suelo,
que era de fresno, se sentó, a la parte
interior de la puerta, recostado
en una de sus jambas, que con arte
eximio, y a cordel, hábil obrero
hiciera de un ciprés. Llamó Telémaco
al porquero, y tomando de un cestillo
un pan sin empezar, y cuanta carne
le cabía en las manos: «Llévale esto,
le dijo, al extranjero, y recomiéndale
que pida a cada uno de los procos,
pues no cuadra vergüenza en un mendigo.»

Dijo así, y obediente a sus palabras,
se levantó el porquero, y acercándose
a Ulises: «Extranjero, esto Telémaco
te envía por mi mano, y te encomienda
que pidas a cada uno de los procos,
pues no cuadra vergüenza en un mendigo.»

Y el ingenioso Ulises le repuso:
 «¡Plegue al supremo Júpiter que sea
 siempre feliz Telémaco y que logre
 cuanto en su noble corazón medita!»

(Traducción de D. Federico Baráibar y Zumárraga.)

Extracto del libro XVII.—Telémaco, después de haber encontrado a su padre, regresa a palacio. Detrás de él va Ulises, disfrazado de mendigo, con el porquero Eumeo. El cabrero Melánteo le maltrata, y él procura contener su cólera. El perro *Argos*, mísero y abandonado en su muladar, reconoce a su amo Ulises; menea la cola, agacha las orejas y muere. Para fingir mejor su papel de pordiosero, Ulises pide limosna a los pretendientes de Penélope; uno de ellos, Antínoo, le hiere de un golpe.



HESÍODO

Nació en Ascra, al pie del monte Helicón, en la Beocia, hacia el siglo VIII antes de J. C. Hizo desde corta edad la vida de un labrador. Las obras atribuidas a Hesíodo, son: *Trabajos y días* y *Teogonía*. También se le atribuye el *Escudo de Hércules* y algunas otras hoy perdidas, de que se conservan fragmentos: un catálogo de *mujeres ilustres*; las *Eeas*, referente a las mujeres amadas de los dioses; la *Melampodia*, *Bajada de Teseo a los infiernos*, etc.

TRABAJOS Y DÍAS

DEL LIBRO II

Cuando asomen las Pléyades, de Atlante hijas, la siega empieza, y la labranza cuando se oculten. Y cuarenta días con sus cuarenta noches son ausentes. Y cuando da otra vez la vuelta el año y al afilarse las primeras hoces, vuelven a aparecer. Esta es la norma y la ley de los campos, para aquellos que junto al mar habitan, y los otros que lejos de las olas fluctuantes cultivan las cañadas tortuosas de una fértil región.—Siembra desnudo, labra sin ropa, siega sin vestidos, si quieres que las obras de Deméter se te ofrezcan maduras a su tiempo; que, de una en una, sazonadas crezcan para rendirse a ti; si es que no quieres falto de todo, en las ajenas casas mendigar sin provecho. A mí viniste, como ahora, otra vez; mas yo no quiero dar ni prestarte más, estulto Persa.—Trabaja en esas obras que los dioses a los míseros hombres destinaron, antes que un día, con dolor de tu alma, con hijos y mujer busques sustento, y acudas al vecino, y te desprecie.

Dos veces, quizás tres, consigas algo; pero si una vez más ruegas, inútil tu elocuencia ha de ser, y tus palabras no hallarán eco en nadie.—Te aconsejo que pienses en el pago de tus deudas, y en desterrar el hambre: que dispongas la casa, y la mujer, y el buey que are, y la sierva soltera que al buey siga, y todos los enseres de la casa; no sea que tengas que pedirlos a otros, y te los nieguen, y carezcas de ellos, y el tiempo pase, y trabajar no puedas.

—Ni dejes el quehacer para mañana, pues las trojes no llena ningún hombre aplazando el trabajo; en cambio, aumenta la actividad el lucro. El que las cosas deja para después, castigo tiene.

—Cuando el sol sus rigores disminuye, por el otoño, y el sudor se acaba, y Zeus manda sus lluvias, más activo el cuerpo humano se hace; ya la estrella Sirio por menos tiempo sobre el hombre durante el día está; ya se disfruta más esta estrella por la noche. Viene el tiempo en que la selva no roída por la carcoma, cae a golpe de hacha; y hojas cubren la tierra, y cesa el árbol de germinar. Preciso es que recuerdes que éste es el tiempo de hacer leña. Corta mortero de tres pies, y de tres codos un pilón de majar, y un eje, luego, de siete pies. Es el mejor tamaño.

Si cortas ocho pies, también del trozo
un mazo sacarás. De ábside tenga
cada rueda tres cuartas, por diez palmos
que el carro ha de tener. Maderos curvos
corta en gran cantidad. Y lleva a casa
de encina la mancera del arado,
si la hallas al buscar por campo y monte.
Para labrar con bueyes es muy firme,
si la fija un alumno de Atenea
con clavos al dental, y así la adapta
al timón. Y tú en casa dos arados
debes hacerte, de una pieza uno,
y otro compuesto; pues si el uno rompes,
podrás uncir los bueyes en el otro.
De olmo o laurel bien sanos, sin polilla,
los timones; de encina los dentales
y las camas de roble.—Y compra bueyes,
un par de nueve yerbas, porque entonces
están en todo su vigor y alcanzan
la mayor aptitud para el trabajo.
A esta edad no pelean en el surco,
ni rompen el arado, ni obra inútil
dejan allí.—Y haz que los gufe un joven
cuadragenario que almorzado hubiere
un pan rajado en cuartos de ocho cuadros;
que un hombre tal atenderá al oficio
y hará rectos los surcos; y un mozuelo,
mirando en derredor a sus iguales,
en lo que menos piensa es en la obra.
—Y tampoco es mejor hombre más joven
para esparcir semilla, pues la siembra
tendrás que repetir. Son distraídos

los mozos por jugar con otros mozos.
 —Ten cuidado cada año cuando oigas
 de la grulla la voz clamando en alto,
 por medio de las nubes: es el signo
 de empezar a labrar; indica el tiempo
 del invierno lluvioso, y atormenta
 el corazón del labrador sin bueyes.
 Apacientalos tú; ten en tu casa
 siempre la res de retorcidos cuernos.

(Traducción de D. Manuel Jiménez Aquino.)

Extracto del libro II.—El poeta hace observaciones sobre los trabajos de siega y siembra; aconseja a su hermano que no adquiera deudas ni pida prestado, y se dedique a las faenas agrícolas. En el otoño hará la corta de leña. Dícele que debe tener dos arados, y cómo ha de construirlos. Condiciones y trato de los bueyes. Cuándo ha de labrar con el arado, y conocimiento de adelantar las labores. En el invierno arreglará su casa, alejado de las tertulias, y tomará precauciones contra el frío. Gráfica descripción del invierno. Indicaciones para podar y cavar las cepas, recolección y vendimia. La segunda parte del libro está dedicada al comercio por la navegación. Cuenta que su padre salió con tal objeto de Cumas de Eolia, y alude a un viaje que hizo él desde Aulide a Eubea, para tomar parte en un certamen poético, donde obtuvo como premio un trípode.



TIRTEO

Vivió en el siglo VII antes de J. C. Cuéntase que era maestro de escuela y cojo, y que los atenienses le enviaron a Esparta como general en la segunda guerra de Mesenia. Compuso odas u elegías guerreras de mucha energía, y ciertas poesías en versos anapésticos (*embaterias*) que se cantaban al acometer en la batalla.

ODA II

Animo, raza del invicto Alcides;
mírate fausto Jove en su alta cumbre
¿y tú salir al campo no decides?

No temas la enemiga muchedumbre,
no tiembles; quien abraza fuerte escudo
sólo debe temer la servidumbre.

Carga odiosa es la vida; a ti el sañudo
hado de muerte tan amable sea
como la luz del sol amarse pudo.

¡Cuánta gloria, mancebo, te acarrea
hazaña digna del sangriento Marte!
¡Cuán terrible es el Dios en la pelea!

Bien lo sabes, a fe; que en una parte
si tu ejército vence, derrotado
es en otra, y huyendo se reparte.

Del estrecho escuadrón que avanza osado

a la hueste enemiga, pocos mueren,
y muriendo a los suyos han salvado.

Aquellos que en la lid no resistieren
hostil encuentro, tímidos varones,
una afrentosa esclavitud prefieren.

Guerreros, agotando sus razones,
¿quién bastará a decir el gran tormento
del que sufre la infamia y los baldones?

¡Miseró joven, al fatal momento
que huyere del combate! ya le alcanza,
le hiere por detrás hierro violento.

Cadáver en el polvo, mientras avanza
orgullosa el contrario, infame queda,
rota la espalda al bote de su lanza.

No, que ignominia tal no te suceda.
Da un paso y ¡firme! Clávate en el suelo,
muérdete el labio, y tu furor no ceda.

Aguarda el duro choque sin recelo:
un ancho y grueso escudo te defiende
que de los dardos pára el raudo vuelo.

Pero la diestra mano es la que ofende;
blande tu lanza, y el penacho altivo
sacude, y corre, y las falanges hiende.

Con señalados hechos en el vivo
combate se acredita el buen guerrero,
y entre los dardos discurriendo activo.

Llega a las manos y descarga fiero
sobre algún enemigo el ancha espada,
y a tu campo lo lleva prisionero.

O bien, la lucha singular trabada,
opónle pies a pies, escudo a escudo,
y tu fuerte celada a su celada.

Y estréchate a su pecho, y del membrudo
brazo su lanza desprender procura,
o cógele del pomo el hierro agudo.

Mas antes guarde formación segura
todo escuadrón: de escudos guarecido
el de ligera y fácil armadura.

Y a la nube de piedras escondido
dardos sin fin al enemigo aseste:
y siempre amparador y protegido
esté detrás de la pesada hueste.

(Traducción de D. José del Castillo y Ayensa.)

Elegías de Tirteo.—Tres son las que se conservan. En la primera hace ver la vergüenza del fugitivo que esquivo la lucha y la gloria del guerrero que desprecia la vida y defiende a los ancianos. En la segunda recuerda a los espartanos que son de la progenie de Hércules, pone de relieve la ignominia de la cobardía y da consejos sobre el orden de batalla. En la tercera pinta con vivos colores el prestigio y honores que acompañan al soldado valiente.



SAFO

Vivió hacia el año 600 antes de J. C. Nacida en la isla de Lesbos y perteneciente a noble familia, pasó gran parte de su vida en Mitylene. Allí fundó una escuela de música y poesía. Se dice que, enamorada de

un barquero de Mitylene llamado Faón, y despreciada por él, se arrojó al mar desde el peñasco de Léucade. Escribió epitalamios, himnos y odas.

ODAS

Lesbia, las dichas de los dioses prueba
este mancebo cabe ti acostado;
este goza de tu hablar suave,
de tu sonrisa.

¡Mírolo! triste el corazón entonces
ríndese opreso, de repente falta
voz a mis fauces, mi trabada lengua
tórñase muda.

Súbito siento que sutil discurre
dentro mis venas ardorosa llama,
huye la vista de mis ojos, zumban
ya mis oídos.

Toda me cubro de sudor helado,
más amarilla que la hierba quedo,
tiemblo, y cercana de la muerte, exhalo
débil suspiro.

(Traducción de D. José del Castillo y Ayensa.)

Ven, cara Venus, poderosa en Chipre,
propicia ven; y favorable entre estos
huéspedes caros, huéspedes ¡oh Diosa!
míos y tuyos.

Ven a libar el agradable néctar,
y a derramar en los dorados vasos

vino mezclado con pequeñas rosas
plácidamente.

Misera Safo, tú yacerás muerta,
y tu memoria morirá contigo;
ni ya tu frente ceñirá del Pierio
rosa cogida.

Irás al Orco, de la luz privada;
ni nadie ya te mirará, mezquina,
desque te lleve a los oscuros manes
rápido vuelo.

—
Si a las hermosas, apacibles flores,
tal vez monarca Jove dar quisiera,
para este cargo la encendida rosa
fuera elegida.

Ella es el dije de la madre tierra;
ella es la gloria de las plantas todas;
como a sus ojos ámanla, y la quieren
ramas y flores.

Honra a los prados su luciente grana,
y de hermosura sin igual ceñida,
a los placeres amorosamente
llama las almas.

De verdes hojas coronada, ostenta
toda su pompa y vanidad silave,
y en su oloroso y delicado cáliz
céfiro ríe.

(Traducción de J. y B. Canga-Argüelles.)

Odas de Safo.—Son generalmente de asunto amoroso. Safo creó o adoptó un verso, en que parte de sus poesías están escritas, que por tal circunstancia se llamó *sáfico*.

Unfale, como lo hicieron también otros poetas griegos y latinos, con el *adónico* (así llamado porque solía emplearse en los cantos a Adonis), dando origen a la estrofa *sáfico-adónica*.



ANACREONTE

Nació en Teos (Asia Menor), hacia el año 560 antes de J. C. Cuando los persas cayeron sobre Teos (540), se desterró con otros conciudadanos suyos para establecerse en Abdera (Tracia). Vivió luego en la isla de Samos, protegido por Polcrates, y al morir este tirano pasó a Atenas, donde Hiparco, hijo de Pisístrato, le favoreció igualmente. La caída de Hiparco le hizo salir de Atenas y regresar a su patria, Teos, donde se cree que murió de edad muy avanzada.

ANACREÓNTICAS

Dícenme las muchachas:
 «Viejo estás, Anacreon,
 y para que lo veas,
 toma, toma el espejo,
 verás que en la cabeza
 ya no tienes cabello
 y que muestras la frente
 con calva y sobrecejo.»

Pero yo las respondo:
 «Muchachas, no me meto
 en si ha quedado alguno
 o todos se cayeron;
 sólo podré deciros
 que de amores y juegos,
 cuanto más se le acerca
 la muerte, trata el viejo.»

Una taza me forja
 de plata, pero en ella,
 Vulcano, ni me pintas
 armadas ni peleas;
 porque yo ¿qué con Marte?
 Sólo harás que ella sea,
 ya que no la más ancha,
 la más honda que puedas.
 Ni tampoco me esculpas
 las lucientes estrellas,
 ni el carro de las Osas,
 ni el Orión que hiela.
 ¿Qué a mí las Pleyadas
 ni el Bootes me prestan?
 Pero grábame vides
 con racimos que pendan,
 y a Baco juntamente
 que los exprima en ella,
 con Amor y Batilo
 más bello que las bellas.

(Traducción de D. Esteban Manuel de Villegas.)

Anacreónticas.—Anacreonte compuso poesías ligeras y alegres, en que celebraba los placeres del amor y del vino. A su imitación, y desde el siglo II antes de J. C. al IV después de J. C., otros poetas griegos escribieron diferentes *anacreónticas*, impresas en 1554 por H. Estienne. Por ello es difícil determinar exactamente cuáles son las poesías de Anacreonte y cuáles las imitadas. Las dos, cuya traducción queda inserta arriba, se tienen como auténticas.



PÍNDARO

Píndaro nació en Cinocéfalos, cerca de Tebas, de una ilustre familia dórica. Intervino en las dos primeras guerras médicas; luego pasó a la corte de Hierón, tirano de Siracusa, que le rodeó de honores. Hizo diferentes viajes, para asistir a la ejecución de sus odas corales, y fué huésped de Alejandro I, rey de Macedonia. Escribió Píndaro los *Epinicios* u odas triunfales, y diferentes himnos, peanes, ditirambos, etc.

ODA OLÍMPICA

A ERGÓTELES DE HIMERA
VENCEDOR EN LA CARRERA LARGA

¡Salvadora deidad, prole divina
de Jove soberano, alma Fortuna!
oye mis ruegos y la frente inclina
de Himera a la ciudad, de fuertes cuna.

En el piélago tú las naves riges;
de ti depende la violenta guerra;
las sabias asambleas tú diriges
que leyes dictan a la muda tierra.

Giran en tanto, con errado vuelo,
humanas esperanzas e ilusiones,
ya rastreras tocando el bajo suelo,
ya del éter subiendo a las regiones.

Nunca de las edades venideras
el cielo concedió signo seguro:
las tinieblas romper en vano esperas,
triste mortal, del porvenir oscuro.

Mil veces contra próspero presagio
repentino dolor turba el contento;
y al que amenaza próximo naufragio
viene a alegrar la calma en un momento.

¡Hijo de Filanor! Cual gallo altivo
que al honroso palenque no se lanza
y apenas puede en el corral nativo
oscura muestra dar de su pujanza,

De tu paterno hogar así a la lumbre
marchitado se habrían tus laureles,
ni del honor llegara a la alta cumbre
tu pie veloz, envidia de corceles,

Si a la isla do naciste, por ventura,
popular sedición y riña fiera
no te arrancaran, y a la vida oscura,
¡oh Ergóteles, sin par en la carrera!

Hoy te corona Olimpia, ya el ilustre
Istmo y Pitona ornáronte la frente;
tu nueva patria te celebra, y lustre
das de las Ninfas a la tibia fuente.

(Traducción de D. Ignacio Montes de Oca.)

Las Odas triunfales.—Comprenden cuatro libros, que llevan su denominación conforme a los juegos correspondientes: *olímpicas*, *píticas*, *ístmicas* y *nemeas*. Son muy variadas, tanto en el asunto y la extensión, como en el estilo y forma. La versificación de Píndaro es de una libertad extraordinaria, por acomodarse al acompañamiento musical. El plan uniforme de las odas pindáricas se compone de cuatro partes, a saber: el elogio del vencedor, el de su familia, el de su patria y el de los dioses protectores de los griegos y dispensadores de la victoria.



ESQUILO

Nació en Eleusis, hacia el año 525, y murió en 456. Luchó heroicamente contra los persas. En 460, por motivos ignorados, abandonó Atenas para trasladarse a Sicilia, y fué recibido en la corte de Hierón de Siracusa. No obstante, alguna vez volvió a Atenas, donde hizo representar la *Orestíada*. Compuso para su sepulcro el siguiente epitafio: «Este monumento cubre a Esquilo, hijo de Euforión. Nacido ateniense, murió en las fecundas llanuras de Gela. El tan afamado bosque de Maratón y el medo de lengua cabellera dirán si fué valiente.»

DE «LAS COÉFORAS»

EGISTO

De palacio me llaman. Dos viajeros
que acaban de llegar, la ingrata nueva
de la muerte de Orestes han traído.
¡Nueva fuente de llanto y de inquietudes,
que de una abierta y enconada llaga
acrecienta el dolor! Pero sepamos
si es verdad lo que dicen: que a las veces
del temor femenino nacen rumores
que vuelan un instante, y luego mueren.
—¿Sabes algo de cierto que me digas?

CORO

Oámoslo, en verdad. Mas ve a palacio
y al huésped interroga. Que tú mismo
compruebes la verdad es lo que importa.

EGISTO

Veré al viajero, y de sus propios labios
sabré si de la muerte fué testigo,
o es sólo de rumores mensajero.
Mi prudencia tiene ojos que no engañan. (*Váse*)

CORO

¿Con qué votos? ¡oh Zeus! con qué plegarias
que expresen de mi alma los deseos

hacia ti clamaré?—¡Llegó la hora
de que en sangre se tiñan las espadas!
O perece el linaje del Atrida,
o, dueño de la herencia de sus padres,
celebra Orestes con algunos fuegos
la libertad e imperios recobrados.
A ruda lid el generoso Orestes
contra dos adversarios se apercibe.
¡Al divino campeón prez y victoria!

EGISTO (*dentro*)

¡Ay! ¡ay de mí!

CORO

¡Bien, bien!—¿Cómo habrá sido?
—Todo acabó.—Alejémonos; no sea
que nos culpen también de estas desdichas.
—No hay duda; terminado está el combate.

SIERVO

¡Desdichado de mí! ¡Muerto es mi amo!
¡Desdichado de mí una y mil veces!
Egisto ya no existe.—¡Abrid las puertas!
¡Quitad del gineceo los cerrojos!
¡Eh, pronto!—¿No escucháis? Un hombre joven
y fuerte es menester. No porque al muerto
pudiera socorrer. ¡Oh! no, ya es tarde.
¡Hola!—Inútil afán. Están dormidos.
Y Clitemnestra ¿qué hace? ¿Dónde hallarla?
Yo temo que en peligro está su cuello
de ser también por la venganza herido.

CLITEMNESTRA

¿Por qué tanto clamor? ¿Qué es lo que ocurre?

SIERVO

¡Los muertos matan a los vivos!

CLITEMNESTRA

¡Cielos!

¡El enigma comprendo!... Con engaños
matamos; con engaños perecemos.

¡Un hacha, pronto, un hacha!—Pues la suerte
a extremo tal nos arrastró, sepamos
si vencedores somos o vencidos.

(Sale Orestes, espada en mano)

ORESTES

A ti te busco. El tiene ya su pago.

CLITEMNESTRA

¡Ay de mí! ¡Perciste, amado Egisto!

ORESTES

¿Amas a ese hombre? En una misma tumba
yacerás a su lado,

¡fiel a tu impuro amor hasta en la muerte!

CLITEMNESTRA

¡Piedad, hijo, piedad! Respeta el seno
sobre el cual tantas veces
mamando dulce leche te dormiste.

ORESTES

¡Oh Pílares! ¿Qué haré? ¿Mato a mi madre?

PÍLADES

¿Olvidas los oráculos de Loxias
y tu jurada fe?—Por enemigos
ten antes a los hombres que a los dioses.

ORESTES

Venciste, amigo. Tu consejo es justo.

(A Clitemnestra)

Sígueme. Junto a él quiero matarte.
Pues más que al padre le quisiste en vida,
muerta duerme con él; ya que le amaste
y a quien debiste amar aborreciste.

CLITEMNESTRA

¡Hijo, a tu lado envejecer quisiera!

ORESTES

¡Tú a mi lado, asesina de mi padre!

CLITEMNESTRA

Crimen mío no fué: fué del Destino.

ORESTES

Obra suya también será tu muerte.

(Traducción de D. Juan R. Salas.)

Asunto de «Las Coéforas».—Han pasado largos años desde que se supone acaecida la acción del *Agamenón*. Las esclavas troyanas, conducidas por Electra, van a hacer libaciones a la tumba de Agamenón (*coéforas* significa *las que hacen libaciones*). Orestes, enviado lejos de Argos por su madre y por Egisto, vuelve de su destierro, acompañado de Pí-lades, y se hace reconocer por su hermana Electra. Ambos preparan la venganza. Orestes se finge extranjero, da la noticia de su propia muerte, y luego mata a Egisto y Clitemnestra. Manda desplegar delante del pueblo el velo en que los asesinos envolvieron a su padre para degollarle; mas, de pronto, comienza a desvariar y cree que se le aparecen las Erinnas (furias).



SÓFOCLES

Nació en Colono, cerca de Atenas, y vivió próximamente de 496 a 405. Brilló desde joven por la gallardía de su persona y por su talento. Triunfó veinte veces en los certámenes públicos, y aunque nunca tuvo grandes aficiones a la política, sus conciudadanos le nombraron dos veces estratega. Se dice que, poco antes de su muerte, uno de sus hijos, llamado Iofón, quiso privarle de la administración de sus bienes por imbécil o demente; pero él leyó a los jueces un coro de la tragedia que acababa de componer (*Edipo en Colono*) y ganó el proceso. La citada tragedia se representó después de su muerte y obtuvo el premio.

DEL «EDIPO REY»

EDIPO

Sobre todo, te encargo y te conjuro
 agas se den los últimos honores
 del sepulcro a la mísera princesa
 que yace en el palacio; deber tuyo
 es hacer con tus deudos este oficio.
 Mas por lo que a mí toca, no pretenda
 esta ciudad, viviendo yo, tenerme
 entre sus ciudadanos: permitidme
 habitar en los montes; dejad busque
 en Citerón, mi patria verdadera;
 este monte mis padres destinaron
 para sepulcro mío: morir debo
 en él, como quisieron. Bien conozco
 que ni la enfermedad, ni otro fracaso
 terminará mi vida; no pudiera
 en aquella ocasión librar la vida,
 si a males más terribles que la muerte
 no me hubiera la suerte reservado.
 En fin, a mi destino me abandono.
 De mis hijos, Creón, no te encomiendo
 un cuidado especial, pues son varones,
 donde quiera hallarán su subsistencia;
 pero las dulces prendas de mi vida,
 mis hijas infelices, malhadadas,
 que con tanto regalo he yo cuidado,
 dándoles de mi plato los manjares
 más dulces y sabrosos... ¡hijas mías!



¿qué será de vosotras? Generoso
 príncipe, a tu piedad las encomiendo.
 Permíteme les dé el postrer abrazo,
 y con ellas lamente mi desgracia.
 Ve, príncipe, por ellas, clara estirpe
 de tan ilustres padres, no me niegues
 este postrer favor; si las abrazo,
 igual placer tendré que si las viera.
 ¿Mas qué escucho? ¿No son lamentos tristes
 de mis amadas hijas? ¡Ay! Sin duda
 Creón compadecido de mis ruegos
 las prendas más amadas de mi vida
 a mi presencia trae.

Los mismos y las hijas de Edipo.

CREÓN

Así es, Edipo;
 tus ardientes deseos conociendo
 te presento tus hijas.

EDIPO

¡Feliz seas!
 Y en justa recompensa las deidades
 más feliz tu reinado hagan que el mío.
 ¿Dónde estáis, hijas mías? Acercaos,
 tocad de vuestro hermano las impías
 manos, que han despojado a vuestro padre
 de los ojos, cual veis. ¿Cómo, infelices,
 os engendré en el seno que me diera
 el sér a mí primero? Desgraciadas,
 ¡cuánto dolor me causa vuestra suerte!

¡Qué triste vida habrá de ser la vuestra!
¿A qué juntas o fiestas presentaros
podréis, que no volváis en llanto envueltas?
Y cuando de casaros la edad llegue
¿quién el padre será, que no rehuse
a sus hijos manchar con el oprobio
que cubre a vuestros padres y los míos?
¿Qué deshonor os falta? Vuestro padre
a su padre mató; hijos produjo
de la madre que el sér le había dado,
y de ella os engendró; tales afrentas
os improperarán; ¿quién querrá entonces
a vuestras bodas aspirar? El hado
quiere viváis en mísero abandono,
sin esposos, estériles... ¡Tú! ilustre
Creón, pues ya otro padre no les queda,
serás su único amparo; no permitas
que siendo sangre tuya anden errantes,
mendigas, sin apoyo; sus desgracias
no permitas igualen a las mías.
Compadécete de ellas; su edad tierna
excite tu piedad y el ver no tienen
otro amparo que el tuyo. Esta demanda
última no me niegues y tu diestra
prenda del favor sea que te pido.
¡Hijas del alma mía! Si entenderme
y comprender pudierais mis consejos,
muchos tengo que daros; este solo
os doy por despedida: que a los dioses
pidáis os den más próspera fortuna
que a vuestro infeliz padre.

CREÓN

Basta, Edipo.

¿Adónde te arrebató el sentimiento?
No des más rienda a tu dolor; sosiega;
vamos adentro.

EDIPO

Vamos, aunque nada
puede ya a mi dolor prestar alivio.

CREÓN

Dale freguas; su tiempo cada cosa
debe tener.

EDIPO

Es cierto ¿pero sabes
qué quisiera de ti?

CREÓN

Dilo.

EDIPO

Que pronto
me arrojes de esta tierra.

CREÓN

Ese cuidado
dejémosle a los dioses.

EDIPO

Tú no ignoras
cuán odioso les soy.

CREÓN

Pues sin tardanza
lograrás tu deseo.

EDIPO

¿Lo aseguras?

CREÓN

Nunca supe decir lo que no siento.

EDIPO

Llebadme, pues, de aquí.

CREÓN

Vamos, mas deja
a tus hijas.

EDIPO

¡Ay! no; ¡no las arranques
de los brazos de un padre!

CREÓN

No te empeñes
en tenerlas contigo; harta experiencia
tienes de que no es dado conservemos
lo que más en la vida apeteecemos.

CORO

Ciudadanos de Tebas, ved la suerte
del infeliz Edipo, aquel famoso
que el intrincado enigma de la Esfinge
explicó, aquel varón tan excelente
a quien ni el gran favor ni las riquezas

de los hombres movieron de lo justo.
 ¡Mirad en cuánto abismo de desgracias
 se ve precipitado! Esto os avisa,
 mortales, que la mira tengáis siempre
 en el día postrero, y venturoso
 a ninguno llaméis hasta que pasen
 los términos fatales de la vida
 sin desgracia que turbe su reposo.

(Traducción de D. Pedro Estala.)

Asunto de «Edipo rey.»—Edipo es proclamado rey de Tebas por haber librado a esta ciudad de la esfinge. Como la peste causa estragos en el país, consúltase al oráculo de Apolo, el cual dice que aquélla desaparecerá cuando sea castigado el asesino de Layo. El adivino Tiresias declara que el propio Edipo es el criminal. En efecto, por varios testimonios Edipo, que se creía hijo del rey de Corinto, viene a saber que lo era realmente de Layo, al cual había dado muerte. Al saberlo se arranca los ojos, y su madre Yocasta se suicida.



EURÍPIDES

Nació en Salamina, acaso el mismo día de la famosa batalla. Según Aristófanes, su padre era tabernero y su madre verdulera; otros, por el contrario, dicen que pertenecía a una familia aristocrática. Practicó la gimnástica y la pintura; mas después se dedicó al estudio. A los 25 años dió al teatro su primera tetralogía. Estuvo casado dos veces, y las dos fué desgra-

ciado: a esto se atribuye el odio que hacia las mujeres muestra en sus tragedias. Y cuenta una falsa leyenda que las mujeres macedonias, indignadas por tales ataques, le dieron muerte.

DE «MEDEA»

MEDEA

He resuelto, oh amigas, matar cuanto antes a mis hijos, y huir de esta tierra, y no perderé el tiempo encomendando su muerte a manos más enemigas: sin remedio deben perecer, y como es preciso, yo, que los procreé, los mataré también. Ea, pues, ármate de valor. ¿Por qué vacilo en realizar crímenes crueles, pero necesarios? Anda, mísera mano mía, empuña, empuña el acero, huella la triste meta de la vida, y no seas cobarde, ni te acuerdes de tus hijos, a quienes tanto amas porque los diste a luz: olvídate en este breve día de que los tienes, y llora después, que, aun cuando los mates, siempre te fueron caros, y siempre fuiste una mujer infortunada.

EL CORO

Estrofa.—Victoreemos a la Tierra y a los rayos del Sol, que todo lo alumbran; ved, contemplad aquella mujer desventurada antes que llene sus manos de sangre infanticida. De ti descenden sus hijos, Febo de cabellos de oro, y es horrible que la mano de los hombres derrame sangre de dioses. Refrénala, oh luz divina, deténla: arroja de este palacio a la sanguinaria y mísera Furia, inspirada por fatídicas deidades.

Antistrofa.—En vano los dió a luz con dolores, en vano fuiste tronco de amada prole, oh tú, que atravesaste los escollos inhospitalarios de las cerúleas Symplégadas. ¡Oh desgracia! ¿Qué grave ira se ha apoderado de tu corazón, qué rabia fatal, sedienta de sangre, te ha trastornado? Funesta expiación amenaza a los mortales, cuando riegan la tierra con sangre de sus parientes, y para castigo de los parricidas el cielo envía a las familias calamidades proporcionadas a la pena que merecen.

PRIMER NIÑO (*Desde dentro.*)

¡Ay de mí! ¿qué haré? ¿A dónde huiré de mi madre?

SEGUNDO NIÑO

No lo sé, hermano muy querido: ¡vamos a morir!

EL CORO

¿Oyes, oyes el clamor de sus hijos? ¡Oh mísera e infeliz mujer! ¿Entraré en el palacio? Salvemos a sus hijos de la muerte. (*El coro se detiene viendo cerradas las puertas.*)

LOS NIÑOS

¡Pero socorrednos, por los dioses! ¿Vendréis a tiempo? Ya el puñal nos amenaza de cerca.

EL CORO

¿Eres, oh miserable, piedra o hierro, para segar con tu mano infanticida la vida de los hijos, que diste a luz? Sólo sé de una mujer de los pasados tiempos, que matase a sus hijos; sólo sé de Ino, furiosa por orden divina, cuando la esposa de Júpiter la arrojó de

su palacio, y trastornó su juicio, y la miserable cayó en la mar por el impío asesinato de sus hijos, saltando desde la orilla y pereciendo al mismo tiempo que ellos. ¿Puede suceder nada más horrible? ¡Oh funestos casamientos, cuántos males habéis traído sobre los hombres!

JASÓN

Mujeres que rodeáis a ese palacio, ¿está en él esa Medea, que ha cometido tantos crímenes? Menester es que se esconda en los abismos de la tierra, o que, cual ave, se lance a las aéreas regiones, para que no pague la pena, que merece por su delito contra la real familia. ¿Cree acaso, después de dar muerte a los soberanos de esta región, que podrá escaparse impune? Pero no tanto vengo por ella, como por mis hijos: castíguenla los que han sufrido esos males. Mi objeto es salvar la vida de mis hijos, no se venguen en ellos los parientes de Creonte en represalias de la nefanda maldad, que ha cometido su madre.

EL CORO

Oh infeliz Jasón, aun ignoras, sin duda, las desdichas que te aguardan; a no ser así, no hablaras como hablas.

JASÓN

¿Qué hay? ¿Quiere matarme también?

EL CORO

Tus hijos han muerto a manos de su madre.

JASÓN

¡Ay de mí! ¿Qué dices? ¡Oh mujer, cómo me has afligido!

EL CORO

No olvides que ya murieron tus hijos.

JASÓN

¿En dónde los ha asesinado, dentro o fuera del palacio?

EL CORO

Abre las puertas y los verás muertos.

JASÓN

Abrid cuanto antes las puertas, servidores; quitad las barras para que contemple dos males a un tiempo, y vea a mis dos hijos muertos, y para que los vengue, y muera también a mis manos.

MEDEA (*Que aparece en un carro tirado por dragones con los cadáveres de sus hijos.*)

¿Por qué sacudes y das golpes en las puertas buscando los cadáveres de tus hijos, y a mí que los he asesinado? No te molestes. Si me necesitas, dime lo que quieres; jamás me tocarán tus manos, porque el Sol, padre de mi padre, me ha dado un carro, que me protegerá contra mis enemigos.

(Traducción de D. Eduardo de Mier.)

Asunto de «Medea».—Jasón, casado con Medea, maga asiática que le había ayudado a conquistar el vellocino, la abandona para contraer nuevo matrimonio con Creusa, hija

del rey de Corinto. Medea, deseando tomar una venganza feroz, finge resignarse y envía a Creusa, como regalo de boda, un manto y una corona impregnadas en tan mortíferas sustancias, que al ponérselos aquélla parece abrasada. Después de esto, sobreponiéndose a su amor de madre, da muerte a los hijos de Jasón y suyos, para hacer sufrir a éste, que los quería profundamente.



ARISTÓFANES

Aristófanes nació hacia el año 445. Vivió en Atenas, y era probablemente ciudadano ateniense, aunque el demagogo Cleón quiso negarle esta condición. Representó sus primeras comedias bajo el nombre de otra persona, entre ellas la titulada *Los acarnienses*, que obtuvo el premio en 425. Los antiguos conservaban de él unas cuarenta comedias; pero actualmente sólo existen once. Murió después del 388.

DE «LOS CABALLEROS»

CORO DE CABALLEROS

Hiere a ese canalla enemigo de los Caballeros, recaudador sin conciencia, abismo de perversidad, mina de latrocinios, y canalla y cien veces canalla; y siempre canalla, nunca me cansaré de decírselo, pues lo es más cada día. Pero sacúdele, síguele, zarandéale, ex-

pulsa a ese bribón; maldícele como nosotros y persíguele gritando. Cuidado no te se escabulla; mira que sabe los caminos por donde Eucrates se escapó al salvado.

CLEÓN

Ancianos Heliastas, cofrades del trióbolo, a quienes yo alimento con mis justas e injustas denuncias, socorredme: estos hombres se han conjurado para sacudirme.

CORO

Y nos sobra la razón, porque tú te apoderas de los bienes de todos y los consumes antes de que sean distribuidos; y después tanteas y oprimes a los que han de dar las cuentas, como se tantea un higo para ver si está verde o maduro; y cuando ves alguno de carácter débil y pacífico, le haces venir del Quersoneso, le agarras por la cintura, le echas los brazos al cuello, le armas la zancadilla y después de arrojarlo al suelo te lo tragas de un solo bocado. Tú siempre estás acechando a los ciudadanos sencillos y mansos como ovejas, honrados y enemigos de pleitos.

CLEÓN

¿Todos os subleváis contra mí? Y sin embargo, ciudadanos, por vuestra causa soy apaleado, pues iba a proponer en el Senado que se construyese en la ciudad un monumento conmemorativo de vuestro valor.

CORO

¡Qué hablador y qué astuto! Mira como se arrastra a nuestro alrededor y trata de engañarnos como si fué-

ramos unos viejos chochos. Mas si vence por estos medios, con ellos será castigado; si se inclina hacia aquí, le plantaré un puntapié.

CLEÓN (*apaleado*)

¡Oh pueblo! ¡Oh ciudadanos! ¡Qué fieras me patean el vientre!

CORO

¿También tú gritas, destructor de las repúblicas?

EL CHORICERO

Yo me comprometo a ahuyentarle al punto con mis gritos.

CORO

Si tus gritos son mayores, te proclamaremos vencedor; si le sobrepújas en desvergüenza, nuestra será la victoria.

CLEÓN

Yo delato a ese hombre, y sostengo que ha llevado la salsa de sus mercancías a las naves peloponesias.

EL CHORICERO

Y yo, voto a bríos, acuso a éste de haber ido al Prítaneo con el estómago vacío, y haber vuelto de él con el vientre lleno.

DEMÓSTENES

Y además, saca de allí cosas prohibidas, carne, pan y pescado, lo cual no consiguió ni el mismo Pericles.

CLEÓN

Los dos vais a morir.

EL CHORICERO

Gritaré tres veces más que tú.

CLEÓN

Te aturdiré con mis voces.

EL CHORICERO

Te ensordeceré con mis gritos.

CLEÓN

Te acusaré cuando seas general.

EL CHORICERO

Te deslomaré como a un perro.

CLEÓN

Yo te cortaré los vuelos.

EL CHORICERO

Yo te atajaré el camino.

CLEÓN

Mírame de frente.

EL CHORICERO

También yo me he criado en la plaza.

CLEÓN

Si resuellas, te hago frizas.

EL CHORICERO

Si hablas, te cubro de estiércol.

CLEÓN

Yo confieso que soy ladrón; tú lo niegas.

EL CHORICERO

Por Mercurio, Dios del Mercado, lo negaré con juramento aunque me cojan infraganti.

CLEÓN

Quieres adornarte con méritos ajenos. Te acusaré ante los Pritáneos de que tienes vientres de víctimas que no han pagado su diezmo a los dioses.

CORO

¡Infame, bribón, boca; tu audacia llena toda la tierra, toda la asamblea, las oficinas de recaudación, los procesos, los tribunales! ¡Removedor de fango, tú has enturbiado la limpieza de la república, y ensordecido a Atenas con tus estentóreos clamores; tú desde lo alto del poder acechas las rentas públicas, como desde un peñasco acecha el pescador los atunes!

(Traducción de D. Federico Baráibar.)

Asunto de «Los Caballeros.»—Un personaje llamado Demos (el Pueblo), viejo y bonachón, se deja gobernar por uno de sus esclavos, curtidor plafagonio, procaz y desvergonzado, de nombre Cleón. Otros dos esclavos fieles, Demóstenes y Nicias, hacen que un choricero llamado Agorá-crito, más bribón e insolente que Cleón, venza y anule a éste por sus mismos procedimientos. Después de lo cual Demos da toda su confianza al choricero, ya arrepentido.



TEÓCRITO

Nació hacia 315 ó 300, probablemente en Siracusa. De joven residió algún tiempo en Cos, donde recibió lecciones del poeta Filetas. Después pasó a Alejandría, y allí permaneció próximamente hasta el año 275, protegido por Tolomeo Filadelfo. De regreso en su patria, compuso allí casi todas sus poesías. Parece que murió de edad muy avanzada. De sus numerosas poesías, sólo han llegado hasta nosotros algunos epigramas y los idilios.

IDILIO VI

LOS CANTORES BUCÓLICOS

ARGUMENTO

DAMETAS y DAFNIS llevan al mismo punto sus ganados en un día de verano, y cantan alternativamente los amores de Polifemo y Galatea, hablando el uno a favor de la Ninfa y respondiendo el otro a nombre del Cíclope. La escena pasa en Sicilia, y Teócrito se dirige al gran Arato, poeta amigo suyo, de quien hace mención en el Idilio siguiente y en otros.

DAMETAS, DAFNIS

Dametas, ¡gran Arato! y juntamente
Dafnis, pastor de bueyes, sus rebaños
llevaron a un lugar. Rubia la frente

era del uno; el otro pocos años mostraba, imberbe aún. Junto a una fuente, se sentaron en rústicos escaños, y en el verano ardiente, a mediodía Dafnis así empezó la melodía:

DAFNIS

Arroja ¡oh Polifemo! a tu ganado manzanas mil la hermosa Galatea, y cabrero al amor poco inclinado en llamarte festiva se recrea; pero tú, desdichado, desdichado, ni la escuchas ni ves cuando vocea, y dulces armonías das al viento, de tu zampoña al son, desde tu asiento.

¡Mírala! Al perro fiel otra vez tira, que tus ovejas guarda, nueva poma. Él ladra y hacia el mar ansioso mira, que entre las ondas límpidas asoma y junto al litoral nadando gira la virgen. De tu can el brfo doma, no sea que, al salir, lanzarse quiera sobre tus piernas, y a tu ninfa hiera.

Se desvive por ti, como el acanto que con fuego estival el Sol devora. Huye de quien la quiere con espanto y a quien no la ama férvida enamora. ¡Oh Polifemo! ¿Quién empeño tanto creyera en perseguirte? Así el que adora, mil veces aun lo feo juzga hermoso.

Luego, Dametas, prosiguió armonioso:

DAMETAS

La he visto ¡vive Pan! que de contino
manzanas a mi grey certera lanza:
este ojo, único y caro, que el Destino
conserva hasta mi muerte, a toda alcanza.
(Males me augura Télemo adivino;
que se vuelvan contra él es mi esperanza.)
Mas por punzarla finjo que no veo,
y otra doncella digo que poseo.

Ella al oír tal nueva se enfurece
¡oh Febo! y de la mar salta celosa,
y en cada establo que mi grey guarece
y en cada gruta búscala furiosa:
Y siempre que a la vista se me ofrece
mando a ladrarle a mi perrita hermosa;
la misma que, cuando era mis delicias,
la prodigaba plácidas caricias.

Quizás al ver la Ninfa mi dureza
me mandará amoroso mensajero;
mas yo tendré mi puerta con firmeza
cerrada, si no jura ella primero
aquí en esta isla de sin par belleza
aparejarme albergue placentero;
que al fin no es mi figura tan deforme
cual dice de los hombres el informe.

Bella me pareció la barba mía
cuando ayer me espejé en el mar sereno,

y mi única pupila hermosa ardía;
mis dientes reflejábanse de lleno
y al Pario mármol su candor vencía.
Contra el hechizo me escupí en el seno
cual me enseñó la vieja Cotitara
que en Hipoconte al segador cantara.

—

Al terminar Dametas, abrazando
a Dafnis, le ofreció con gran contento
una zampoña; y a su vez tomando
de aquél un caramillo, su instrumento
ambos hicieron resonar, saltando
en derredor las vacas al contento;
y ni el uno ni el otro la victoria
pudo alcanzar: de entrambos fué la gloria.

(Traducción de D. Ignacio Montes de Oca y Obregón.)



PLAUTO

POETAS LATINOS

LA AULISIA

EDICIÓN ESTEREO

1904

PLAUTO

Tito Maccio Plaúto nació en Sarsinia, en la Umbría. Ignórase la fecha de su nacimiento, pero se sabe que en 191 antes de J. C. era ya viejo. Fué autor y actor, con lo que consiguió una buena fortuna. Desde los 17 años, en que estrenó *Los Menechmos*, sus obras obtuvieron los mayores triunfos. En especulaciones mercantiles perdió su capital; pasó a ser esclavo y en tal concepto tuvo que dar vueltas a la rueda de un molino. Escribiendo comedias recobró la libertad y la fortuna.

LA AULULARIA

ACTO CUARTO, ESCENA SEGUNDA

EUCLIÓN, ESTRÓFILO

EUCLIÓN

(*Saliendo del templo y sin reparar en Estrófilo.*)
¡Oh, Buena Fe! guárdate de revelar a nadie que se encuentra ahí mi preciado tesoro. Por mi parte no temo que nadie lo descubra, pues bien escondido queda.
¡Por el dios Polux! buen botín lograría el que se encon-

trase mi olla repleta de oro... ¡Oh, diosa!... te suplico que no lo permitas.

Ahora vamos a lavarnos para hacer el sacrificio. Además, es menester no hacer aguardar a mi yerno, y que pueda llevarse la muchacha tan luego como venga por ella.

Vela, vigila, ¡oh, Buena Fe! haz que yo me encuentre, cuando vuelva, mi cara marmita sana y salva. Te he confiado mi fortuna, excelsa diosa: en tu bosque sagrado, en tu templo acabo de depositarla. (*Sale del templo.*)

ESTRÓFILO

¡Dioses inmortales! ¿qué es lo que acabo de escuchar? Ese hombre ha escondido en el templo una olla llena de monedas de oro. ¡Oh, Buena Fe! no seas con él más fiel que conmigo.—Y, si no me engaño, es el padre de la muchacha por quien suspira mi amo. Entremos en el templo y lo escudriñaremos todo, a ver si en algún sitio encontramos ese magnífico tesoro, mientras el viejo anda ocupado en otra parte.—Si doy con él ¡oh, diosa! te ofrezco una cántara, de cabida de un *congio*, de vino dulce como la miel. Eso es lo que haré en tu obsequio... que por mi parte me empinaré también un buen trago. (*Entrase en el templo.*)

EUCLIÓN

(*Volviéndose.*) No sin motivo acababa de graznar el cuervo hacia mi izquierda, y escarbaba a la par la tierra, gritando de una manera extraña. El corazón me brinca y parece que se me quiere salir del pecho... Mas yo no me estoy dando mucha prisa. (*A Estrófilo, cuando entra en el templo.*) ¡Fuera, fuera de aquí, gu-

sano vil, que sales rastreando del fondo de la tierra: tú, que hasta ahora mismo no has sido visto en parte alguna, ahora que te atreves a presentarte, vas a perecer!... ¡Por Polux! yo te recibiré a mi manera, maldito encantador.

ESTRÓFILO

¿Pero qué malas furias os agitan? Qué relación hay, demonio de viejo, entre vos y yo? ¿Por qué me empujáis? ¿Por qué me maltratáis? ¿Por qué me sacudís?

EUCLIÓN

Y tú me lo preguntas, racimo de horca, ladrón y mil veces ladrón.

ESTRÓFILO

¿Pues yo qué os he robado?

EUCLIÓN

Suéltalo, suéltalo pronto.

ESTRÓFILO

¿Y qué es lo que suelto?

EUCLIÓN

¿Y me lo preguntas todavía?

ESTRÓFILO

Pero... es que yo no he robado nada.

EUCLIÓN

Vamos, dame lo que te llevas. ¿Lo harás?

ESTRÓFILO

¡Otra! ¿Pero qué queréis que haga?

EUCLIÓN

Si eso no puedes llevártelo.

ESTRÓFILO

¿Mas qué es lo que reclamáis?

EUCLIÓN

Que te sirvas dejar eso. Basta ya de majaderías, que no estoy de humor de bromas.

ESTRÓFILO

¿Pero qué es lo que queréis que deje, cielos? ¿No podéis llamar las cosas por sus nombres? Por mi fe, si yo nada he tomado, ni he tocado a nada, señor.

EUCLIÓN

Enséñame las manos.

ESTRÓFILO

Ahí las tenéis.

EUCLIÓN

Enséñamelas.

ESTRÓFILO

¡Pues ahí están!..

EUCLIÓN

Ya las veo; pero enséñame la otra,

ESTRÓFILO

Los fantasmas y la bilis han trastornado el cerebro de ese hombre... ¿No es esto inferirme una injuria?

EUCLIÓN

Una gran injuria, sí, porque hace tiempo que deberías estar ahorcado. Mas no tardará la cosa si te obstinas en no confesar.

ESTRÓFILO

¡Dale! ¿Y qué queréis que confiese?

EUCLIÓN

¿Qué te has llevado de aquí?

ESTRÓFILO

Que los dioses me exterminen, si yo he puesto la mano en nada que os pertenezca...

EUCLIÓN

Eso quería yo: que no hubieses tocado. Vaya, pues sacúde la capa.

ESTRÓFILO

Como queráis.

EUCLIÓN

Mira no tengas algo entre las túnicas...

ESTRÓFILO

Registradme donde y como gustéis.

EUCLIÓN

¡Miren el bribón... con qué dulzura habla! Para que nos traguemos que no ha hecho el robo. Conozco tus trapacerías. Vamos, enséñame bien de nuevo la mano derecha.

ESTRÓFILO

Hela ahí.

EUCLIÓN

La izquierda ahora...

ESTRÓFILO

Ahí tenéis las dos.

EUCLIÓN

Renuncio a seguir registrándote... Mas ¡ea! suelta eso.

ESTRÓFILO

¿Otra vez? Pero qué suelto.

EUCLIÓN

Lo dices en chanza: si lo tienes...

ESTRÓFILO

¿Que lo tengo?... ¿Pero qué tengo?

EUCLIÓN

¿No lo digo? Si necesitará que se lo explique... Entrégame lo que quiera que tengas mío.

ESTRÓFILO

Vamos, este viejo está loco; me acaba de registrar a su arbitrio, y nada suyo ha encontrado en mi poder, y todavía...

EUCLIÓN

Aguarda, aguarda. ¿Quién era el otro que se hallaba aquí contigo?... ¡Por mi vida! me he perdido: ese otro estará revolviendo por ahí dentro... (*Aparte*) Y el caso es que abandonaré al uno, y tal vez se me escape el otro. Pero, en fin, a éste lo he registrado bien y nada tiene... (*Alto*) Vete, pues, donde quieras: y que Júpiter y los dioses te confundan...

ESTRÓFILO

¡Vaya una manera de dar gracias!

EUCLIÓN

Ahora me voy a ir hacia dentro, y te aseguro que he de estrangular a tu camarada... ¡Huye de mi presencia!... ¿Te acabarás de ir, sí o no?

ESTRÓFILO

Ya me voy.

EUCLIÓN

Y guárdate de que yo te vuelva a ver. (*Vase.*)

(Traducción de D. A. González Garbín.)

Asunto de «La Aulularia».—Euclión, viejo avaro, posee un tesoro escondido en una olla (*aulula*) y teme que se le roben. Un vecino suyo, llamado Megadoro, hombre rico y en

edad madura, le pide la mano de su hija, que estaba en relaciones con el joven Licónides. Se la concede, pero sin dote. Temeroso de que descubran su tesoro, Euclión va a esconderle en un bosque sagrado, operación que sorprende un siervo de Licónides, llamado Estróbilo, el cual se apodera de la ollita y la lleva a su amo. Entonces Licónides pide al viejo que le dé a su hija en matrimonio, sin que se sepa, por haber llegado a nosotros incompleta esta obra de Plauto, si logra al fin sus deseos, aunque parece que sí.



TERENCIO

Publio Terencio llevaba el cognomen de *Afer* (africano) por haber nacido en Cartago, según parece. Dícese que fué llevado de joven a Roma como esclavo, y vendido o regalado en calidad de tal al senador Publio Terencio Lucano. Al descubrir éste, añaden los biógrafos, el talento de su esclavo, le dió una educación esmerada y últimamente le concedió la libertad. Créese que murió hacia el año 159 antes de J. C., al regresar de un viaje a Grecia.

ANDRIA

ACTO QUINTO, ESCENA CUARTA

CRITÓN, *forastero*. CREMES, SIMÓN, *viejos*.
PÁNFILO, *mancebo*.

CREMES

No me lo ruegues; que cualquier causa destas me obliga a que lo haga. El rogármelo tú, al ser ello ver-

dad y el bien que quiero a Glicería. A Critón, vecino andro, veo venir. Realmente que es él. ¿Qué novedad es ésta venir tú a Atenas?

CRITÓN

Háseme ofrecido causa. Pero ¿es éste Simón?

CREMES

Este es.

SIMÓN

¿Por mí preguntas? ¿Eres tú el que dices que Glicería es natural desta ciudad?

CRITÓN

¿Y tú lo niegas eso?

SIMÓN

¿Tan apercebido vienes a esta tierra?

CRITÓN

¿Yo? ¿Para qué?

SIMÓN

¿Eso me preguntas? ¿Tú te has de atrever a hacer cosas semejantes? ¿Tú, en una ciudad como ésta, has de engañar a hombres mozuelos, bozales en las cosas, criados como hidalgos, y cebarles sus apetitos con importunaciones y promesas?

CRITÓN

¿Tú estás bueno?

SIMÓN

¿Y enredar con casamientos los amores de las rameras?

PÁNFILO

Perdido soy. Temor tengo que el forastero desmaye.

CREMES

Si conocieses bien, Simón, quién es éste, no lo ter-
nías en esa posesión, porque es muy hombre de bien.

SIMÓN

¿Éste hombre de bien? ¿Tan al punto hubo de venir
hoy en las bodas, sin haber venido hasta agora en
toda su vida? ¿A éste se le ha de dar crédito, Cremes?

PÁNFILO

Si no temiese a mi padre, bien tengo que advertille
contra aquello.

SIMÓN

Picapleitos.

CRITÓN

¿Cómo es eso?

CREMES

Esta es ya su condición, Critón. No hagas caso
deso.

CRITÓN

Séase quien se quisiere; que si él prosigue a decir-
me lo que quiere, él oirá de mí lo que no quiere. ¿Yo
trato deso, ni tengo cuenta con ello? ¿Por qué no

tomarás tú tu daño con paciencia? Porque si lo que yo digo es verdad o mentira, presto se puede saber. Porque habrá años que un vecino desta ciudad dió al través junto de Andro, y juntamente con él esta pequeña doncella. Entonces él, perdido, recogióse acaso en casa del padre de Crfsis.

SIMÓN

Cuentos son los que comienza.

CREMES

Calla.

CRITÓN

¿Desa manera se atraviesa?

CREMES

Prosigue.

CRITÓN

El que entonces lo recogió en su casa, era deudo mío, y allí él oyó decir que era ciudadano de Atenas. Este murió allí.

CREMES

¿Cómo se llama?

CRITÓN

¿Tan presto te lo he de decir? Phania.

CREMES

¡Oh, triste de mí!

CRITÓN

Por cierto tengo que se llamaba Phania. Lo que sé de cierto es que decía ser del barrio Ramnúsio.

CREMES

¡Oh, Júpiter!

CRITÓN

Esto mismo, Cremes, entendieron entonces otros muchos en Andro.

CREMES

¡Ojalá sea lo que yo confío! Dime por tu vida, Critón: ¿decía él entonces si era su hija la doncella?

CRITÓN

No.

CREMES

¿Cuya, pues?

CRITÓN

De un hermano suyo.

CREMES

Realmente que ella es mi hija.

CRITÓN

¿Qué me dices?

SIMÓN

¿Y tú, que dices?

PÁNFILO

Abre los oídos, Pánfilo.

SIMÓN

¿Por dónde lo crees?

CREMES

Aquel Phania fué hermano mío.

SIMÓN

Muy bien lo conocí, y lo sé.

CREMES

Éste, huyendo de aquí por miedo de la guerra, yéndome a buscar a Asia, se partió de aquí; entonces no osó él dejalla aquí. Después acá, estas son las primeras nuevas que tengo que se hizo dél.

PÁNFILO

Apenas estoy en mí, según fué grande el alteración que me causó en el alma el temor, la esperanza, el gozo, una maravilla tan grande, un bien tan repentino.

SIMÓN

Por muchas razones me huelgo realmente, que ésta se entienda ser tu hija.

PÁNFILO

Bien lo creo, padre.

CREMES

Pero aun me queda una duda, que me da harta pena.



PÁNFILO

Digno eres de ser aborrecido con tantos escrúpulos.
En el junco buscas fiudo.

CRITÓN

¿Y qué es la duda?

CREMES

Que el nombre della no conforma.

CRITÓN

Otro nombre tuvo siendo niña.

CREMES

¿Qué nombre, Critón? ¿Acuérdasete?

CRITÓN

Eso estoy pensando.

PÁNFILO

¿Por qué he yo de permitir que la poca memoria deste estorbe mi contento, pues yo puedo en esto dar remedio? No lo permitiré. Cremes, el nombre que tú pides es Pasíbula.

CRITÓN

Esa misma es.

CREMES

Esa es.

PÁNFILO

Mil veces se lo he oído decir a ella.

SIMÓN

Bien creo, Cremes, que tú crees que todos nos holgamos desto.

CREMES

Así los dioses me quieran bien, como yo lo creo.

PÁNFILO

¿Pues qué nos falta aquí agora, padre?

SIMÓN

Rato ha que el caso mismo me ha pacificado.

PÁNFILO

¡Oh, padre gracioso! Cuanto a la mujer, Cremes gusta que yo la tenga como la he tenido.

CREMES

Bastante razón hay, si a tu padre no le pareciere otra cosa.

PÁNFILO

Lo mismo.

SIMÓN

Sí por cierto.

CREMES

En dote, Pánfilo, te prometo diez talentos.

PÁNFILO

Yo lo acepto.

CREMES

Yo me entro a ver a mi hija. Vente conmigo, Critón, porque entiendo que ella no me debe conocer.

(Traducción de Pedro Simón Abril.)

Asunto de «Andria.»—Pánfilo, joven ateniense, está enamorado de una doncella llamada Glicería. El padre de Pánfilo, Simón, sólo con objeto de poner a prueba la docilidad de su hijo, le manifiesta su deseo de que se case con Filomena, hija de un vecino llamado Cremes. Avisado Pánfilo del ardor de su padre, finge acceder; Simón, que ve tan conforme a su hijo con la proposición, piensa ya de veras en casarle, y habla del asunto a su amigo Cremes. Entonces sobrevienen los apuros de Cremes, que se arreglan gracias a que un tal Critón, llegado de la isla de Andros, descubre que Glicería era también hija de Cremes.



LUCRECIO

Tito Lucrecio Caro vivió, según se cree, de 99 a 55 años antes de J. C. Su vida es muy poco conocida. Cuéntase que padecía raptos de locura y que en los intervalos lúcidos escribió su poema *De rerum natura*. Según escribe Eusebio en su *Crónica*, aunque la noticia merece escaso crédito, la causa de perder Lucrecio la razón fué cierto filtro amoroso que le hicieron beber.

DE LA NATURALEZA DE LAS COSAS

DEL LIBRO I

Mas porque te he enseñado que los cuerpos de la materia sólidos y eternos giran perpetuamente indestructibles, examinemos hora si la suma de éstos es infinita, o limitada; si también el vacío establecido, este lugar y espacio en que los cuerpos se mueven además es limitado, o si es profundo, inmenso e infinito.

Es infinito, pues, de suyo el *todo*, pues aunque extremidad tener debía, como cuerpo ninguno se concibe sin que a él otro cuerpo le termine, de modo que la vista claramente más allá de este cuerpo no se extienda, confesemos por fuerza que no hay nada más allá de la *suma*, pues no tiene extremidad, de límites carece.

El sitio que tú ocupas nada importa, pues que por todas partes un espacio te falta que correr ilimitado.

Si además el espacio es limitado y alguno se coloca en el extremo y tira alguna flecha voladora, ¿deseas que tirada con gran fuerza vuela ligera por llegar al blanco,

o piensas que la impide algún estorbo
su vuelo y no la deja ir adelante?
Uno u otro es preciso que confieses.
Cualquiera que tú elijas, a la fuerza
debes quitar los límites al *todo*:
porque bien sea obstáculo el que impida
y estorbe que la flecha llegue al blanco,
o bien le pase, aquí no se da extremo:
en donde pongas límites, yo al punto
preguntaré qué ha sido de la flecha:
jamás encontrarás así el extremo;
siempre su inmensidad deja un espacio
que recorra la flecha fugitiva.

Además, que si la naturaleza
hubiera puesto límites al todo,
ya la materia con su mismo peso
se juntara en los sitios más profundos;
debajo de la bóveda del Cielo
ninguna cosa se produciría,
ni el Cielo ni la luz del Sol naciera;
como que la materia toda hundida
desde la eternidad amontonada
inerte yacería; pero ahora
de cierto no reposan los principios,
porque ningún lugar profundo existe
en donde pueda como reunirse
y colocar su asiento permanente;
y siempre un continuado movimiento
cra por todas partes nuevos seres,
y el infinito suministra siempre
de una materia activa eterna copia.

Que unos cuerpos, en fin, a otros limitan

claramente lo vemos: las montañas
el aire circunscribe, a éste los montes;
a los mares da límites la tierra,
y los mares limitan a las tierras;
nada hay que ponga límites al *todo*:
porque es de los lugares y el espacio
tal la naturaleza, que los ríos
clarísimos corriendo eternamente
alcanzar con su curso no podrían
los límites del mundo en parte alguna;
nada habrían andado: el universo,
no conociendo límites, por todas
partes al infinito se dilata.

Seguramente la naturaleza
impide que la suma de las cosas
pueda circunscribirse ella a sí misma;
porque ha hecho que el vacío limitase
al cuerpo, éste al vacío; de este modo
ha dispuesto su obra ilimitada.

Si el vacío tan sólo ilimitara,
o hiciese limitada la materia,
ni la tierra, ni el mar, ni de los cielos
las bóvedas lucientes, ni los hombres,
ni de los dioses los sagrados cuerpos
de existencia gozaran un instante:
pues la materia, sacudiendo el yugo,
se derramara por vacío inmenso,
o más bien ella nunca concretada
ni un solo cuerpo hubiera producido,
por no poderse unir diseminada.

(Traducción del Abate Marchena.)

Extracto del libro I.—Después de una hermosa invocación a Venus y de una dedicatoria a Memmio, ensalza el poderoso genio de Epicuro y explana el principio fundamental de su filosofía: *de nada, nada se hace*. Dice que los elementos componentes del mundo son eternos, y que hay muchos cuerpos elementales invisibles, cuya existencia está demostrada por la razón. Todo lo que la Naturaleza es en sí, está constituido por los cuerpos y por el vacío en que aquéllos se hallan. Los átomos son eternos, sólidos, indestructibles e indivisibles. Son falsas las teorías de Heráclito, Empédocles y Anaxágoras sobre el origen de las cosas. El universo es infinito, y no hay en él, como algunos afirman, un centro hacia el cual tiendan los cuerpos.



VIRGILIO

Publio Virgilio Marón nació en Andes, cerca de Mantua, en octubre del año 70 antes de J. C. Su familia, aunque modesta, poseía regular fortuna, y le hizo estudiar en Cremona, Milán y tal vez Roma. Luego, como gran aficionado al campo, volvió a vivir en la heredad paterna. El año 41, con ocasión de distribuirse las tierras de Mantua entre los veteranos de Octavio, fué despojado de sus propiedades, pero obtuvo bien pronto la restitución, o a lo menos una indemnización crecida. Vivió en Roma, protegido de Mecenas y Augusto. Hallábase viajando por Grecia, cuando la muerte le sorprendió en Brindis, el día 22 de septiembre del año 19 antes de J. C. Sus restos fueron trasladados a Nápoles.

Escribió Virgilio tres obras inmortales: las *Bucólicas*, las *Geórgicas* y la *Eneida*.

LA ENEIDA

DEL LIBRO XII

Álzase entre los muros el primero el mismo Eneas, y su diestra tiende, y al rey Latino increpa a grandes voces, a los dioses poniendo por testigos de volver obligado a las batallas; —que al violar por segunda vez el pacto, contrarios son los ítalos dos veces.— Surge en los ciudadanos vacilantes discordia de opiniones. Mandan unos franquear la ciudad, y abrir las puertas a los teucros, trayendo a las murallas al mismo rey; mientras armados otros a la defensa de los muros parten. Cual acontece si en caverna obscura ve el pastor encerradas las abejas, y llena aquel recinto de humo amargo; ellas dentro temblando horrorizadas, por su alcázar de cera discurriendo, lanzan sus iras con atroz zumbido, repugnante feter llena el palacio, resuena el interior de la caverna con un sordo murmullo, y a las auras lánzase luego el humo maloliente.



Una nueva desgracia a los latinos
cansados de sufrir ocurre entonces,
que en llanto y luto la ciudad consterna.
Cuando la reina vió que a su palacio
marchaba el enemigo, que en los muros
alzábase el incendio, y que las llamas
volaban ya sobre los altos techos,
que por parte ninguna aparecía
rútula hueste en contra, ni de Turno
fuerza alguna potente divisaba,
piensa ¡infeliz! que en medio del combate
aquel joven caudillo sucumbiera,
y turbada de súbito su mente
por inmenso dolor, clamaba a voces...
—Que ella la causa fué, y ella el origen
de tan funestos males.—Cuando loca
mil cosas dijo con dolor insano
resuelta ya a morir, rasga con furia
de púrpura preciosa sus vestidos,
y atando un lazo en elevada viga
de él se suspende con infanda muerte.
Luego que las latinas escucharon
tan horrenda desgracia, sobre todas
la infelice Lavinia, su hija amante,
mesa cruel su rubia cabellera,
sus mejillas de rosa al par hiriendo,
y la restante multitud clamaba
furiosa, y con enormes alaridos
todo el palacio sin cesar atruenan;
y se divulga la fatal noticia
por toda la ciudad. Decaen los ánimos,
marcha Latino atónito, rasgadas

sus regias vestiduras, por la muerte
de su mísera esposa y la ruina
de su triste ciudad, y en sucio polvo
manchados lleva sus cabellos blancos;
cúlpase sin cesar:—que no admitiera
antes al teucro Jefe como yerno.—

En tanto Turno en el remoto campo
luchaba persiguiendo a los errantes
ya con menos ardor, y no gozoso
cual antes del correr de sus corceles.
Lleva hasta él el aura los clamores,
en sorda confusión aterradora,
y el rüido y murmullo melancólicos
de la ciudad turbada al punto mueven
a prestar atención a sus oídos.

—«¡Ay de mí! clama el triste ¿qué perturba
a la ciudad así con tanto duelo?

¿Y cuál es el clamor que de ella parte?»—

Tal dice, y aterrado se detiene
las riendas recogiendo. Mas su hermana,
que la forma tomando de Metisco,
riendas, carro y bridones dirigía,
acude a su dolor con tales voces.

—«Persigamos, oh Turno, a los troyanos
por el camino, que abre la victoria;
otros hay que defiendan con las armas
nuestra ciudad. Eneas a los ítalos
en batalla cruel ataca ahora;
demos también nosotros a los teucros
terribles muertes con sangrienta mano.
No serás inferior al Teucro en fuerzas,
ni en la gloria que obtengas del combate.»—

—«Tiempo ha te conocí, responde Turno, cuando con arte quebrantaste el pacto, y en esta cruda guerra interviniste, y no puedes, ¡oh diosa! ya engañarme. ¿Mas quién al enviarte del Olimpo quiso hacerte sufrir tales trabajos? ¿Acaso a presenciar la infausta muerte de tu mísero hermano? ¿Y qué me resta? ¿Qué salvación me ofrece la Fortuna? Vi yo mismo morir ante mis ojos a Murrano, que a voces me llamaba, de todos para mí el más querido, grande y vencido por herida enorme. Murió Ufente infeliz porque no viera nuestra inmensa deshonra: el Teucro tiene con su cuerpo sus armas. ¿Todavía he de sufrir (para mayor tormento) ver a mi patria reducida a escombros? ¿No habré de repeler con diestra fuerte de Drances los discursos? ¿Y cobarde he de darme a la fuga? ¿Y esta tierra habrá de ver a Turno fugitivo? ¿Es acaso morir tan gran desdicha? Sedme, oh manes, propicios, ya que adversa nos es la voluntad del alto cielo. Santa a vosotros bajará mi alma y de culpa tan pérfida, inocente: jamás indigno fuí de mis mayores.»—

(Traducción de D. Luis Herrera y Robles.)

Extracto del libro XII.—Turno, viendo a los suyos muy decaídos, resuelve entrar en singular combate con Eneas. Este, en una revuelta, es herido de saeta y se ve obligado a

retirarse. Turno aprovecha la ocasión para causar un gran destrozo en los enemigos. Venus, con una hierba del monte Ida, cura a Eneas, y éste vuela en busca de su rival. La ninfa Juturna, hermana de Turno, toma la dirección del carro que conducía a éste y procura alejarle. La reina Amata, que supone muerto a Turno, se ahorca. Al fin se entabla el combate entre Eneas y Turno, en que vence el primero. Casi movido a clemencia por los ruegos de su contrario, descubre en los hombros de éste la banda quitada a Palante, y entonces, encolerizado, le atraviesa el pecho con la espada.

LAS GEÓRGICAS

DEL LIBRO II

Ya el terreno explorado,
 aun falta el campo aperebir; aun falta
 con hoyas barrenar los grandes montes,
 y mantener al Aquilón expuestos
 los revueltos terrenos, mucho antes
 que en el sitio adoptado
 la alegre tribu de las vides plantes.

El de fríable seno
 es a las viñas óptimo terreno:
 cuidan darle sazón vientos y heladas,
 y el cavador robusto,
 trastornando sus fértiles yugadas.

Mas aquél labrador que de prudente
 nunca el nombre desmiente,
 nueva industria medita, y el terrazgo
 en que ordenadas traspondrá las vides,
 semejante le elige al que primero

cual nativo las plantas ocuparon,
 porque al tierno sarmiento
 no duela el cambio del materno asiento.

Y hállese quien señale
 del cielo la región, en la corteza
 del árbol que trasladada,
 y, todos cual crecieron, orientada
 esta parte al calor austral, aquella
 al Septentrión mirando, fiel dispone
 que hábil mano las leyes no atropella
 que en años tiernos la costumbre impone.

Temprano considera
 si debes en los cerros, o en el llano,
 colocar tu viduño. ¿Campo es grueso,
 y pingüe tierra? Sembraráslo espeso;
 que en trabado plantío
 no menos liberal Baco prospera.
 ¿O es desigual terreno en que se empina
 una y otra colina?

Siémbralo entonces con mayor holgura;
 mas, a cordel los árboles plantando,
 nunca los saques de la usual figura,
 y a cerrarla concurra cada hilera.
 ¿Quién vió tal vez cuando en marcial alarde
 a lid apercebida, sus cohortes
 despliega una legión? Los combatientes
 en ordenadas haces se adelantan,
 y el campo ocupan, que ondear parece,
 con el vivo lucir de los aceros:
 no ha estallado el conflicto; aun en silencio
 Marte indeciso por los cuadros vaga.
 Tus vides de esta suerte

a iguales trechos pon en rectas calles;
 no tanto por la bella perspectiva
 que al ánimo dará vano contento,
 mas porque así la tierra equitativa
 vitales jugos distribuye, y pueden
 libres los ramos dilatarse al viento.
 De los hoyos la hondura
 acaso aguardas que mi voz te diga.
 La vid, somera yo sembrar no dudo:
 más profundo en la tierra
 y más secreto el árbol alto aferra;
 sobre todos el ésculo, que cuanto
 el cielo hiere con su copa altiva,
 con raíz honda en el averno estriba.
 Ni horrísina tormenta,
 ni lluvia impetuosa le derriba:
 él las generaciones de los hombres
 contempla renovarse, y victorioso
 ve los años pasar, los siglos cuenta:
 a un lado y a otro lado
 sus brazos de gigante retorciendo,
 en torno de su basa el campo escombra,
 y en su centro firmísimo asentado
 la majestad sostiene de su sombra.

(Traducción de D. Miguel Antonio Caro.)

Las «Geórgicas.»—Están divididas en cuatro libros. El primero trata de las tierras, con referencia al cultivo del campo, origen de la agricultura, instrumentos de labranza, estaciones propias para cada labor y pronósticos de las tempestades. El segundo libro, referente a los árboles, trata de los medios para multiplicarlos, de sus especies, el país propio

de cada uno, la calidad del terreno, las viñas y otros cultivos, y la felicidad de la vida del campo. El tercer libro, relativo a los ganados, trata en la primera parte del ganado mayor, vacuno y caballar, y en la segunda del menor, ovejas y cabras. El libro cuarto trata de las abejas, su vida, operaciones, etc., y contiene la fábula de Aristeo.

ÉGLOGA VII

MELIBEO, CORIDÓN, TIRSIS

MELIBEO

Bajo una antigua encina, que movida
 del aura inquieta blanda resonaba,
 solazábase Dafnis, y por caso
 Tirsis y Coridón sus hatos juntos
 al mismo prado en uno los conducen.
 Tirsis, pastor de cándidas ovejas,
 y Coridón de cabras trepadoras,
 que sus úbres de leche reventaban.
 Apuestos ambos, y en su faz luciendo
 brillante flor de juventud hermosa:
 de la Arcadia los dos, y ambos cantores,
 Cubriendo estaba yo mis tiernos mirtos,
 por preservarlos de la escarcha cruda,
 cuando el cabrón morueco se extravía.
 Cuidadoso en su pos salgo a buscarlo,
 y divisando a Dafnis, dice al verme:
 «¡Oh Melibeo! Ven acá; no temas:
 »los chotos desmandados y el morueco
 »salvos están, y en mi poder seguros:

»y pues cesó el cuidado que trañas,
 »conmigo en esta sombra aquí descansa.
 »Ve bajar por el prado los novillos,
 »que a beber en el río se encaminan
 »hacia esta banda, donde el Mincio fértil,
 »de bulliciosas cañas coronado,
 »su verde margen plácido sombrea,
 »y do de Jove la sagrada encina
 »imprime misteriosa hondo respeto,
 »y cargada de enjambres armoniosos,
 »deleita al alma con susurro blando.»

No pude resistirme, y juntamente
 un certamen famoso comenzaban
 Tirsis y Coridón, que me engreía.
 Y aunque la hora llegada de la siesta,
 cuando los corderillos destetados
 se separan, y Fílida y Alcipe
 a encerrarlos tampoco parecían,
 mis intereses esta vez olvido,
 y a gozar de sus cantos me resuelvo.
 En esto el amebeo comenzando,
 que a las diosas del Pindo tanto agrada,
 cantó así Coridón, y tras él Tirsis:

CORIDÓN

«¡Musas de mi cariño! a la voz mía
 hoy concededle acento numeroso,
 cual a mí Codro el canto portentoso,
 que al almo Febo imita en su armonía:
 mas si no me inspiráis, mi flauta amada
 del sacro pino penderá colgada.

TIRSIS

Dadme, pastores, yedra; y que reviente
 Codro de negra envidia devorante;
 mas si falaz me alaba, en el instante
 de bácar oloroso orlad mi frente;
 para que el nuevo vate esté a seguro
 de toda mala lengua en lo futuro.

CORIDÓN

De un jabalí cerdoso la cabeza
 y de un ciervo las astas hoy te ofrece
 Micón; tú, Delia, al joven favorece;
 y en estatua de mármol tu belleza,
 de rojos borcegués adornada,
 al punto la verás representada.

TIRSIS

Este cuenco de leche rebosando
 y estas tortas cocidas anualmente,
 ¡oh Priapo! te ofrezco solamente;
 que es pobre el huerto que me estás guardando:
 hora de mármol tosco estás labrado;
 de oro te haré, si aumentas mi ganado.

CORIDÓN

Más cándida que el cisne y más hermosa
 que blanca yedra, y más que miel hiblea,
 es a mi gusto dulce Galatea;
 si de tu Coridón estás cuidosa,
 ven a búscarme cuando de los prados
 al establo se acojan los ganados.

TIRSIS

Más que arrojado musgo envilecido,
 más grosero que mirto sin cultura,
 más que yerba sardonía en la amargura
 séate yo, si no me ha parecido
 hoy un año sin ti. Vacada mía,
 dejad los prados, id, que muere el día.

CORIDÓN

Claros veneros y limosa fuente;
 muelle yerba do quier, que el prado alfombras,
 y madroños, que os cubren con sus sombras,
 mi ganado amparad del can ardiente.
 Las yemas en la vid van reventando,
 y el estío vendrá luego abrasando.

TIRSIS

La leña en nuestro hogar tan abundante,
 que el fuego las paredes y las puertas
 continuo del hollín tiene cubiertas;
 y así a Bóreas tememos cual rapante
 voraz lobo a ganados numerosos,
 o a sus márgenes ríos caudalosos.

CORIDÓN

En sus árboles penden por do quiera
 nebrinas y castañas erizadas;
 las frutas por el suelo están tiradas;
 brilla en todo natura placentera:
 mas si Amarilis deja ora estos prados,
 veránse hasta los ríos agotados.

TIRSIS

Se agosta el campo ya, y el aire ardiente
 va la yerba en aristas deshaciendo;
 Baco su vid sombría va perdiendo:
 mas si viene mi Filis, de repente
 la selva toda brotará, y al prado
 bajará Jove en lluvia desatado.

CORIDÓN

El álamo de Alcides es querido;
 el sarmiento de Baco; el oloroso
 mirto de Venus; y de Febo hermoso
 es el lauro: mas Filis ha escogido
 el avellano, y mientras lo prefiera
 ninguno al avellano le supera.

TIRSIS

En las selvas el fresno bien parece,
 como el pino en los huertos; cabe el vado
 de los ríos el álamo poblado;
 y el abeto en los montes donde crece:
 mas si conmigo, oh Filida, vinieras,
 más que ellos a mi lado aquí lucieras. »

MELIBEO

Así cantaron: Tirsis se esforzaba
 vanamente en vencerlo, y no podía;
 que su rival cantando le excedía,
 y siempre a su pesar atrás quedaba.
 Y desde entonces Coridón tan sólo
 cantando es para mí segundo Apolo.

Las «Bucólicas.»—Este es su más exacto nombre, pues el de *églogas* (poesías escogidas) fué adjudicado por los gramáticos en razón a su mérito. Son diez. Las escribió Virgilio, según sus biógrafos, a instancias de Asinio Polión. En ellas, por lo general, figuran pastores; pero el poeta supo intercalar frecuentes manifestaciones de agradecimiento a sus protectores, y en especial a Augusto.



HORACIO

Quinto Horacio Flaco nació en Venusia, ciudad fronteriza de la Lucania y la Apulia, en el mes de diciembre del año 65 antes de J. C. Su padre, honrado liberto, mandóle a estudiar a Roma y Atenas. Alistóse como soldado en las filas de Bruto; mas se cuenta que en la batalla de Filipos arrojó el escudo y emprendió la huída. De vuelta en Roma, se hizo *scriba* o secretario del cuestor, y, dedicado a la poesía, la protección de Mecenas y Augusto le hizo dueño de una quinta en el Tibur. Al morir Mecenas, en el año 8 antes de J. C., encargó a Augusto que no se olvidase del poeta; mas poco tiempo después bajó éste al sepulcro y legó sus bienes a Augusto, el cual le hizo suntuosísimos funerales.

Sus obras son: Las *Sátiras*, las *Odas*, los *Epodos*, las *Epístolas* y el *Carmen sæculare*.

ODA 10 DEL LIBRO I

A MERCURIO

A ti, Mercurio, nuncio de los dioses,
a ti, inventor de lira resonante,
a ti, de Atlante cantará mi musa
nieto facundo.

Ora exhortando, ejercitando ora,
al hombre rudo y bárbaro amansaras,
diestro ocultaras el que diestro hicieras
robo gracioso.

Rióse Apolo al ver que demandando
fiero las vacas que sagaz le hurtaste,
le despojaste de su aljaba al punto
rica de flechas.

Cargado de oro Príamo burlara,
de ti guiado, a los caudillos griegos,
por entre fuegos y enemigas filas
libre pasando.

Del Orco horrible y del fulgente Olimpo
grato a los dioses, al Elfseo guías
las almas pías, y las sombras rige
tu caduceo.

(Traducción de D. Javier de Burgos.)

ODA 10 DEL LIBRO II

A LICINIO

Vivirás más seguro
si en alta mar, Licinio, no navegas,
y si al peñasco duro
de peligrosa playa no te llegas,
huyendo cautamente
la indignación del ábrego inclemente.

Quien ama con pureza
la santa medianía, no padece
la mísera pobreza
de que la humilde casa no carece;
ni de él es envidiada
la de columnas y oro fabricada.

Más a menudo el viento
contrasta el grande pino mal seguro,
y viene a su cimiento
con más grave ruina el alto muro,
y a la más alta sierra
hacen los rayos más continua guerra.

En las adversidades
espera el prevenido la ventura,
y en las prosperidades
teme como sagaz la desventura,
que Júpiter envía
las grandes lluvias y serena el día.

No porque falte ahora
el bien, ha de durar siempre la pena,
porque Apolo tal hora

despierta la dormida Musa y suena
 al son de dulce lira;
 tal, duras flechas con el arco tira.

Tú, pues, con pecho fuerte
 haz rostro a la fortuna miserable,
 y en la dichosa suerte
 cuando soplar el viento favorable,
 recoge con buen tiento
 las velas llenas de favor, que es viento.

(Traducción de Juan de Morales.)

ODA II DE LOS «EPODOS»

Beatus ille...

Bien haya aquel que ajeno de negocios,
 como antaño los mortales,
 libre de usuras, labra con sus bueyes
 campo que fué de sus padres.
 No a las armas le llama hórrida trompa,
 ni arrostra agitados mares;
 ni el Foro quiso ver, ni suntuosos
 vestibulos de magnates.
 Allá, pues, o con álamos erguidos
 marida sarmientos grandes,
 o la mugiente grey mira de lejos
 suelta en abrigado valle.
 O ya, ramas estériles cortando,
 otras ingiere feraces,
 o bien en limpias ánforas recoge

la miel de ricos panales,
o las ovejas débiles esquila.

Y cuando en frutos silaves
ornada la cabeza alza el Otoño,
cómo en coger se complace
ya la pera adoptiva, ora las uvas
de la púrpura rivales.

Que a ti, Príapo, ofrece, a ti, Silvano,
viejos agrestes guardianes!
Tendido a veces bajo añosa encina
o en tupido césped yace,
y oye el rumor de despeñadas aguas
que ruedan por hondo cauce,
y el gemir de las fiernasavecillas
ocultas en el follaje;
a par con la corriente el bosque suena
y el sueño apacible trae,
cuando acopio de nieves y de lluvias
anuncia Jove tonante,
al fiero jabalí sitia, y le hostiga
de aquí y acullá con canes,
o clara red en pértiga ligera
fiende a los tordos voraces,
o dulce galardón, coge en el lazo
liebre fugaz, grulla errante,—
quién no olvida de amor cuitas y enojos
en medio de goces tales?

Que si honesta mujer—cual la sabina
o cual del Apulo ágil
tostada por el sol la fiel consorte—
en la parte que le cabe

ve por la casa y por los dulces hijos,
 y, mientras llega la tarde
 fatigado el marido, arrima al fuego
 leña enjuta, y en cañales
 encerrando el alegre ganadillo,
 vacía las ubres tirantes,
 y vino sirve de la dulce pipa
 con no comprados manjares,—
 no habrá Lucrinas ostras, no habrá rombo
 ni escaros que así me agraden
 (si algunos a este mar tal vez arroja
 marejada de Levante),
 no ave africana o francolín de Jonia,
 que mi paladar halagüe
 cual la aceituna de cargados ramos
 cogida en los propios árboles
 o la acedera que los prados ama,
 o las malvas saludables,
 o la cordera al dios sacrificada
 en las fiestas Terminales,
 o cabritillo, de rapante lobo
 arrebatado a las fauces.

Qué es ver, mientras la cena, las ovejas,
 — al aprisco apresurarse
 repletas, y llegar, vuelto el arado,
 lánguidos los bueyes graves!
 Qué es ver los esclavillos, de la holgada
 vivienda crecido enjambre,
 asentados en paz a la redonda
 de los relucientes lares!—
 Así Alfio el usurero habló, y ansioso

de mudar de vida y aires,
 todo el dinero recogió en los Idus,
 y a premio en las Calendas vuelve a darle!

(Traducción de Miguel Antonio Caro.)

Las «Odas.»—Son 123, incluidas en cuatro libros. Suelen clasificarse en sagradas o heroicas, filosóficas y festivas. Por su asunto se llaman también epinicios, epicedios, propéuticos, según que versen sobre una victoria, una muerte, un viaje, etc. *Ad lyricorum idem Horatius fere solus legi dignus*, dijo Quintiliano; y es que, ciertamente, dentro de la lírica propiamente tal ningún otro se le puede comparar entre los romanos.

DE LA «EPÍSTOLA A LOS PISONÉS»

¡Oh Pisón el mayor! Aunque tu padre
 dirige por sí mismo tu enseñanza,
 y tú bastante juicio además tienes,
 este precepto en tu memoria graba!

Hay mil cosas en que la medianía
 suele sufrida ser y aun estimada;
 jurisconsultos viven y oradores
 que jamás a Cascelio o a Mesala
 en ciencia o en facundia igualar pueden,
 y sin embargo todos los acatan;
 mas medianos poetas, ni mortales
 ni númenes ni aun postes los aguantan.

Mala música, esencias corrompidas,
 granos de adormideras con miel sarda,
 en un banquete ofenden, pues gran cena
 sin música haber puede y sin pomadas.

Así es la poesía; desde luego nació para el placer, y si se aparta algo del cielo, se hunde hasta el abismo. No va el que usar no sabe de las armas al campo Marcio a combatir; no juega quien manejar no sabe disco o pala: de otro modo el concurso numeroso sin ningún miramiento le silbara.

¿Cómo, pues, sin saber de poesía hay quien para hacer versos tenga audacia? —Y ¿por qué no?—dirán:—es libre, es noble, además, el caudal tiene que basta para ser caballero, y es, en suma, un personaje de virtud sin mancha.—

En cuanto a ti, pues seso y luces tienes, nada a despecho de Minerva hagas, y si algo escribes, de tu padre al juicio somételo, y al mío y al de Tarpa. Después tus pergaminos nueve años encierra en tus estantes: si los guardas retocarlos podrás; pero ya sueltas no pueden recogerse las palabras.

Orfeo, sacro intérprete del cielo, arrancó de las selvas solitarias a los hombres bozales, e inspiróles horror a la barbarie y la matanza, y por ello se dijo que a los tigres y a los fieros leones amansaba; como se dijo de Anfión tebano, fundador de los muros de su patria, que a su placer las piedras, y al arbitrio mover hacía de su lira blanda;

pues la sabiduría de aquel tiempo
 ciñóse entera a levantar la valla
 que los objetos santos y profanos,
 los privados y públicos separa;
 a fijar los derechos de Himeneo,
 correr vedando tras la Venus vaga;
 pueblos a edificar en que albergarse,
 y, en fin, las leyes a escribir en tablas.
 Así a la poesía y los poetas
 divinos luego proclamó la fama.
 Después, versos de Homero y de Tirteo
 llenaron de ardor bélico las almas;
 en verso los oráculos hablaron;
 dió en verso la moral lecciones sabias;
 al favor aspiróse de los reyes
 y se inventaron diversiones varias
 que amenizó la dulce poesía.
 No tengas, pues, a mengua el cultivarla...

(Traducción de D. Javier de Burgos.)

Las «Epístolas.»—Están divididas en dos libros, de los cuales el primero contiene veinte y el segundo tres. Son sencillas pláticas acerca de diferentes cuestiones de la vida. La última de ellas es la famosa *Epístola a los Pisones* o *Arte poética*, dirigida al cónsul Calpurnio Pisón y a sus dos hijos. Está realmente dividida en tres partes. La primera trata de los *preceptos generales de la composición*; la segunda, de la *poesía dramática*; la tercera, de la *educación y estudios de los poetas*.



CATULO

C. Valerio Catulo nació en Verona, probablemente en el año 87 antes de J. C. Perteneía a una familia rica, pero, trasladado a Roma, derrochó toda su fortuna. Con el propósito de rehacerla, emprendió un viaje a Bitinia; pero volvió, como él mismo dice, «con la bolsa llena de telarañas.» Estuvo enamorado de la mujer a quien él en sus versos llama *Lesbia*, y que parece era Clodia, hermana del tribuno Clodio. Murió Catulo todavía joven.

DUELO EN LA MUERTE DEL PÁJARO

¡Llorad, Gracias y Amores,
 y cuantos en los hombres hay sensibles!
 Ha muerto el pajarillo de mi amada,
 el pajarillo que era sus delicias
 y al que siempre adoró más que a sus ojos.
 ¡Tal era halagador! La conocía
 cual conocé a su madre la rapaza;
 jamás de su regazo se movía,
 mas, saltando de un lado para otro,
 a su señora daba tiernos píos.
 ¡Y se va por el lúgubre camino
 del cual no nos permiten la tornada!
 ¡Oh, malditas seáis, tinieblas hoscas
 del Orco, que absorbéis las cosas bellas!

¡Y es el que me robáis pájaro bello!
 ¡Oh fiero mal! ¡Oh pájaro infelice!
 Por tu causa llorando se enrojecen
 los túrgidos ojitos de mi amada.

DEDICACION DEL ESQUIFE

Este esquife que veis, amigos míos,
 el más rápido fué de los navíos;
 ningún bajel trazó más rauda estela,
 ya le hicieran volar los firmes remos,
 ya la turgente vela.

No lo podréis negar, costas airadas
 del Adriático mar, islas Cicladas,
 Rodas ilustre y noble, Tracia oscura,
 la Propóntide, el Ponto,
 donde éste, luego barco, a la espesura
 su follaje ofreció, que más de un día
 en la citoria cumbre zumbaría.

Tú lo sabes, Amastris; tú lo mismo
 Cítoro en boj fecundo,
 pues ya en remota edad, vuestra montaña
 miró desde la cima, y su ramaje
 humedeció en el agua que os baña.

Así salvó de sirtes y elementos
 al dueño, ya de ocaso, ya de oriente
 el vendaval soprase, ya los vientos
 equilibrara Jove providente.

A los dioses costeños ningún voto
 se ha rendido por él, desde que vino
 de un mar remoto a un lago cristalino.

Tal fué en pasados días; hoy su anhelo
 trocó en quietud tranquila, y le consagro,
 Cástor gemelo, a ti y a tu gemelo.

(Traducción de Narciso Alonso Cortés.)

Poesías de Catulo.—La colección de poesías de Catulo comprende hasta 116, de índole muy variada. Unas están dedicadas a su amada Lesbia; otras, alegres y chanceras, a sus amigos; otras, de sátira violenta, a sus enemigos; otras son de asunto familiar o íntimo; otras, en fin, de entonación épica, imitadas de los griegos.



OVIDIO

Publio Ovidio Nasón nació en Sulmona, el día 20 de Marzo del año 43 antes de J. C. Perteneciente a una familia rica, estudió en Roma con su hermano Lucio, mostrando más afición a la poesía que a la jurisprudencia. Completó sus estudios en Atenas y viajó por el Asia Menor. De regreso en Roma, fué triunviro y decenviro, y alcanzó la consideración de todos. Repentinamente, cuando contaba 52 años, se vió desterrado por Augusto a Tomos, ciudad de la Messia, en las costas del Ponto Euxino. Muchas conjeturas se han hecho sobre las causas de este destierro, pero aun permanecen ignoradas.

De los poemas de Ovidio, unos pertenecen a la poesía épico-didáctica, como *Las Metamorfosis* y *Los*

Fastos; otros a la erótica o amorosa, como *Los Amores*, el *Arte de amar*, los *Remedios de amor*, las *Heroidas* y los *Cosméticos*, bien que este último es de atribución dudosa; otros a la patética, como los *Tristes* y las *Epístolas pónicas*. Por último, se conserva una parte de *Haliéutica* (poema sobre la caza), dos versos de la tragedia *Medea* y un poema satírico titulado *Ibis*.

LAS HEROIDAS

(DE SAFO A FAÓN)

¿Por ventura, Faón, luego que abriste
mi carta, en ver su letra artificiosa,
por mía la juzgaste y la tuviste?

¿Por ventura, mostrárase dudosa
tu mente en vacilar quién te escribía,
si no vieras mi firma dolorosa?

Preguntarás, que si la musa mía
ha siempre versos líricos cantado,
por qué la que te escribo es elegía.

¡Ay! que mi triste amor ha ya expirado
en tu pecho cruel, y en este punto
de mí ha de ser su tránsito llorado.

Y porque el verso al dolorido asunto
de hoy más responda, escojo el lamentable;
que el lírico no es verso de difunto.

Abrásome en incendio irremediable,
 cual arde el campo donde el fuego prende,
 si sopla el sordo viento incontrastable.

La seca parva con furor se enciende,
 la llama excede al resplandor febeo:
 tal es el fuego que a mi pecho ofende.

Allí habita Faón donde el Tifeo
 Etna con fuego y sempiterna brasa
 oprime y quema el cuerpo giganteo.

Pero con más ardor y más sin tasa
 que si estuviera en Etna y sus fogones,
 el iracundo amor mi pecho abrasa.

No se me ofrecen versos ni canciones
 para poner en dulces instrumentos,
 que es lo que alegra fristes corazones.

Que el componer y el entonar acentos,
 son ejercicios y obras virtuosas
 de entendimientos libres y contentos.

Ya me son las Piérides odiosas,
 ya huyo de las Dríadas doncellas;
 sólo me ocupo en quejas amorosas.

.

No vengáis a escuchar mi voz doliente,
 que en cuanto escribo, taño, canto y digo,
 ya mi vena ha perdido su torrente.

Aquel Faón, mi pérfido enemigo,
huyendo de mi vista desgraciada,
todas mis gracias se llevó consigo.

Aquel Faón, que ha poco ¡ay desdichada!
que pude llamar mío, y que barrunto
que el alma que me dió la tiene dada,

haced que vuelva a mí, y en ese punto
vuestra poeta, mísera y marchita,
volverá al metro, al canto y contrapunto.

Que como en mi Faón se deposita
mi alma, y mi saber está en sus manos,
él da al ingenio fuerza y él la quita.

Mas ¿para qué me canso en ruegos vanos?
¿Puede moverse un corazón de fiera?
¿Reina clemencia en pechos de villanos?

¿No echo, triste, de ver que la ligera
y presta escuadra de veloces vientos
llevan mis ruegos y tu fe primera?

Quisiera ya, pues llevan mis lamentos,
en retorno trujeran tu navío,
para que diera fin a mis tormentos.

Y este retorno saludable y pío
honroso te era, justo y conveniente,
si supieras pasar el daño mío.

Pero si has puesto en la amorosa mente
la vuelta, y en la popa de tu nave
tienes el don votivo ya presente,

¿para qué pagas con tardanza grave
un tierno corazón que no reposa?
¿Por qué no vuelas convertido en ave?

Alza las anclas, que de amor la diosa
nació en el mar, y al que es amante fino
le allana el mar con su presencia hermosa.

Será propicio el viento en tu camino;
todo te ayudará; coge al momento
las anclas, corta el golfo Neptunino.

Amor será el piloto, y dará al viento
las velas con su tierna y blanda mano,
cogiéndolas ya surto en salvamento.

Pero si te parece que es más sano
alejarte de mí, porque te ofrezco
el alma que otra vez te he dado en vano

(bien que yo no soy digna, ni merezco
de que huyas de mí ni que se parta
la unión que tanto busco y apetezco);

respóndeme a lo menos, y en la carta
ordena que, pues ya la acerba suerte
de tus deleites con rigor me aparta,
en el Leucadio mar busque la muerte.

Las «Heroidas.»—Son 21 cartas en versos elegiacos que el poeta supone escritas por las mujeres de la época heroica a sus amantes ausentes; tales como Penélope a Ulises, Fedra a Hipólito, Dido a Eneas, Medea a Jasón, Elena a Paris, Hero a Leandro, Safo a Faón, etc.

LOS TRISTES

LIBRO III, ELEGÍA II

Ergo erat in tatis...

Estaba decretado: yo debía
venir a Scitia y a habitar la zona
que dominan las Osas, triste y fría.

Y al que os fué consagrado en Helicon
no pudisteis, Píerides, no pudo
favorecer el hijo de Latona;

ni contra golpe tal, castigo rudo
de canto alegre, sin razón culpado,
fué la inocencia de mi vida escudo.

Mas antes mil peligros he pasado
por tierra y mar, y al fin me da acogida
el Ponto, por los hielos agotado.

Yo, que nací a llevar holgada vida,
el cuerpo a las fatigas inexperto,
el alma de negocios desasida,

¿qué no he sufrido ya? Mares sin puerto
e incógnitas regiones mi carrera
han visto procelosa,—y aun no he muerto!

Flaquea el cuerpo, mas el alma entera
fuerzas le da para trabajos tales
que otro a su empuje sucumbido hubiera.

En tanto que arrostraba temporales,
el continuo afanar, la varia escena
templaban la memoria de mis males;

mas, cesando del viaje la faena,
cuando al prescrito término ya llego
y palpo ya el lugar de mi condena,

que hacer no tengo, y a llorar me entrego,
y brota el llanto cual de pronto rueda
fuente helada deshecha en largo riego.

Vuelve la mente a Roma, allá se hospeda,
y torna a ver la casa desçada
y cuanto allá de mí perdido queda,

Ay! cuántas veces quise la jornada
rendir, y del sepúlcro ya cercano
toqué a la puerta, y la encontré cerrada!

¿Por qué entre aceros evadirme sano
pude, y sobre mi frente el firmamento
tantas veces tronaba, y tronó en vano?

Oh dioses, cuyo influjo adverso siento,
partícipes constantes del enojo
del dios que ha decretado mi tormento!

Oid mi último ruego, a vos me acojo:
no más la Muerte me deniegue asilo,
y en tierra extraña, mísero despojo,
pueda yo al menos descansar tranquilo!

(Traducción de Miguel Antonio Caro.)

Los «Tristes.»—Son 50 elegías, escritas por Ovidio, así como las *Pónticas*, durante su destierro. En ellas expresa el poeta los crueles dolores que le acosaban al verse lejos de Roma, de su familia y de sus amigos, en contraste con los recuerdos de un pasado feliz.



FEDRO

De la vida de Fedro hay noticias escasísimas. Nació en el monte Pierio y fué llevado a Roma como esclavo bajo el reinado de Augusto, quien le declaró liberto. En tiempo de Tiberio, y a consecuencia tal vez de algunas alusiones políticas contenidas en sus apólogos, fué perseguido por Sejano.

FÁBULAS

DE MAL PADRE, MALOS HIJOS

LAS RANAS CONTRA EL SOL

Viendo Esopo unas bodas
hechas con gran festejo
de un ladrón su vecino,
dió principio a este cuento:

Habiendo el Sol querido
 casarse en otro tiempo,
 levantaron las Ranas
 los gritos hasta el cielo.
 Júpiter, alterado,
 la causa del lamento
 pregunta, y le responde
 una de ellas diciendo:
 —No siendo más que uno
 el Sol en este tiempo,
 todos los lagos deja
 agotados y secos,
 y en la árida morada
 las Ranas perecemos:
 si llega a tener hijos,
 ¿qué mal no será el nuestro?

LOS HONORES NO HONRAN A LOS NECIOS

LA ZORRA A UNA MÁSCARA

Una Carátula vió
 una Zorra, y dijo al verla:
 —¡Oh, qué hermosura tan grande!
 Pero no tiene cabeza.

Dijose esto por aquellos
 a quienes de honores llena
 la fortuna, al mismo tiempo
 que el juicio y seso les niega.

Las «Fábulas.»—Los contemporáneos de Fedro no las mencionan; solamente el fabulista Avieno, siglo y medio más tarde, pronuncia el nombre de Fedro. Habían de transcurrir muchos siglos, sin embargo, hasta que sus fábulas fueron conocidas. Las publicó en 1596 el abogado francés Pedro Pithou; mas, extraviado luego el manuscrito que le había servido, sólo en 1850, al reaparecer aquél, se reconoció definitivamente la autenticidad de las fábulas. Parte de éstas son traducciones de Esopo; pero otras son originales, o imitadas de autores no conocidos.



LUCANO

M. Anneo Lucano nació en Córdoba el año 39. Era nieto de Séneca el Retórico y sobrino de Séneca el Filósofo. Llevado a Roma en edad temprana, bien pronto se dió a conocer por su fértil ingenio. Desde los 18 años escribió tragedias, fragmentos épicos y *canticas* para las pantomimas. Al mismo tiempo alcanzaba triunfos en la oratoria. Después de haber sido algún tiempo favorito de Nerón, éste, envidioso de sus triunfos literarios, le hizo objeto de menosprecio. Lucano intervino en la fracasada conspiración de Pisón, y por ello condenado a muerte. El emperador le permitió tan sólo, como a su tío Séneca, elegir la forma de morir; el poeta se abrió las venas y murió a los 26 años, mientras recitaba sus propios versos. De las obras poéticas de Lucano, únicamente se conserva *La Farsalia*.

LA FARSALIA

DEL LIBRO XIV

No permiten los campos que ya goce
 la detestable disensión remedio;
 ya concurren y abrevia el pie veloce
 el ancho espacio que vacó intermedio:
 toda vista se encuentra y reconoce,
 cuando ya la cuestión no admite medio;
 pero el que ve al amigo, padre, hermano,
 quiebra el suelto ademán, turba la mano.

Cual si ardiente caballo en la carrera
 abierto foso mira, o risco o planta,
 resiste ambiguo a la intención ligera,
 fuerce la frente, el ímpetu quebranta:
 tal repugnando a la crueldad primera
 este y aquel ejército levanta
 (sin resolver de la batalla el plazo),
 indeciso el metal, sùspenso el brazo.

No en paz ni en guerra mueras, siempre animen
 tu sér los tiempos, Crástino, y tu aliento;
 y en pena, aunque menor del fiero crimen,
 viviente inmortalices el tormento;
 pues cuando el vuelo del furor reprimen
 tantos, y ya es piedad su movimiento,
 tú con primera planta las ajenas
 provocas, y romana sangre estrenas,

Cuando César, impulso primitivo
de tanta acción, la recelaba humano,
fué tu insolencia incendio intempestivo,
a un siendo hielo la cesárea mano;
ya el rumor lento se refuerza altivo
de las trompas, y herido el aire vano
con terrenos temblores y celestes,
juntas fraguaron una lid mil huestes.

De inmensas voces el clamor se alterna,
y el eco en tantas lenguas disonante;
hinche de obscuro son toda caverna,
de monte en monte, desde Olimpo a Atlante:
pulsas el estruendo la región superna,
donde admirado observa el Dios tonante,
que en los espacios de la luz serenos
no ya descienden, sino suben truenos.

El profundo alarido infunde horrores
al pecho mismo que rompió su acento:
y el de los sueltos fresnos voladores
se embaraza, y asombra el sol y el viento.
Perplejos los romanos guerreadores,
aun rigen armas a dudoso intento:
ya el brazo es rayo, ya encogido y tardo
pierde en lo alto la flecha o quiebra el dardo.

La lanza alguno con sangriento empleo
despide apenas a la adversa frente,
cuando revoca el golpe en su deseo,
y el rigor que ejecuta no consiente;
pero como en las ondas del Egeo

pierde el puro candor mezclada fuente,
 así en la turba el noble acero limpio
 se manchó, y la piedad fué rigor impío.

Las recíprocas astas arrojadas
 fueron de la batalla exordio breve;
 luego, uniendo al combate las espadas,
 creció en aleve furia el fervor leve:
 venas penetra, del arnés guardadas,
 sediento el filo, cuya sangre bebe,
 arde al herir, y en abundante llaga,
 aunque el metal se tiñe, no se apaga,

(Traducción de D. Juan de Jáuregui.)

Extracto del libro XIV.—Los ejércitos de César y Pompeyo se encuentran en los campos de Farsalia. Comienza la batalla, en que uno y otro luchan heroicamente, hasta que la victoria se decide a favor del primero. Mueren numerosos combatientes, entre ellos Domicio. Desde un alto, Pompeyo contempla a sus escuadrones desbaratados. Los vencedores se entregan al botín, y sobre los abandonados cadáveres caen las fieras y aves de rapiña.



JUVENAL

Décimo Junio Juvenal nació en Aquino, ciudad de los Volscos, hacia el año 42. Hijo adoptivo de un rico liberto, se consagró en Roma a la declamación, y hasta edad algo avanzada no cultivó la poesía. Es-

cribió sus sátiras bajo los reinados de Trajano y Adriano, y cuéntase que éste, ofendido por ciertas alusiones, hizo que el poeta, ya octogenario, cumplierse un destierro, en el centro del Egipto, según unos biógrafos, en la Bretaña, según otros. En los primeros años del reinado de Trajano ya estaba de retorno en Roma, y poco después murió, a los 81 u 82 años de edad.

DE LA SÁTIRA III: LAS MOLESTIAS DE ROMA

Ahora diré, sin que el sonrojo sea
 óbice para ello, cuál la gente
 es que el favor patricio se granjea.
 Ver griega a la ciudad es un martirio
 que ya no puedo soportar, romanos;
 mas tampoco se crea
 que la canalla aquea
 es la peste mayor. Tiempo ha que el sirio
 Orontes fluye al Tíber, y orientales
 costumbres trajo a Roma,
 los usos y el idioma,
 y la femínea turba degradada,
 que junto al circo vende su belleza.
 ¡Corred si es que os agrada
 pintada mitra en bárbara cabeza!
 Con toga de parásito, y llevando
 circense premio en el ungido cuello,
 ves ya a tu pueblo rústico, oh Quirino;

y en tanto éste dejando
 a Samos, a Andros otro, quien a Amione,
 quien a Alabanda, o Trales, o Sicione,
 llegan al Viminal o al Esquilino,
 y adulando halagüeños,
 en patricias mansiones se insinúan,
 hoy confidentes y mañana dueños,
 ingenio pronto, cínica osadía,
 en sus labios de frases un torrente
 aun más que Iseo... ¿quién sospecharía
 a lo que alcanza un griego? ¡Es omnisciente!
 Geómetra, orador, médico, artista,
 gramático, funámbulo, bañista,
 adivino, pintor, en todo es diestro
 y acabado maestro.

Si a ese Gréculo hambriento se lo ordenas,
 al cielo subirá. No mauritano,
 ni sármata, ni tracio, fué aquel vano
 que intentara volar; era de Atenas.

¿Y he de sufrir su púrpura insolente;
 que a su firma se dé más importancia
 y que en lecho mejor que yo se siente
 aquel que entre higos y ciruelas vino
 a Roma? ¿Pues por nada se reputa
 el haber respirado en nuestra infancia
 aires del Aventino
 y haber gustado la sabinia fruta?
 ¿Mas qué diré de su destreza y fino
 en adular? Al necio llaman docto,
 del deforme ponderan la belleza;
 de un estafermo el cuello lacio y feo

comparan al de Alcides vigoroso,
feniendo en alto al gigantesco Anteo.
¡Miradle absorto ante una voz chillona
cual la del gallo que encelado canta!

Cierto, a cualquier persona
es dado el alabar: pero fe ciega
préstase sólo a la canalla griega.

¿Hay alguien que mejor a la Matrona
en el teatro imite,

a Tais desnuda, a Dórida liviana?

No actor, hembra parece. Y nadie crea
que a Estratocles o Antioco se limite
tan rara habilidad, o al muelle Hemo,
y sólo privilegio de ellos sea.

Todo griego es un cómico.—¿Tú ríes?
Suelta él la carcajada.

¿Lloras? Pues él derrama acerbo llanto,
sin que le aflija nada.

¿Pides fuego, si empieza ya la cruda
estación? Él embózase en su manto.

¿Tú del calor te quejas? Pues él suda,

(Traducción de D. Francisco Díaz Carmona.)

Las «Sátiras.»—Son 16. La última está incompleta, y algunos dudan que sea de Juvenal. Se distinguen por su vehemencia y tono enfático. Tratan de lo siguiente: 1. Por qué el poeta escribe sus sátiras. 2. Los hipócritas. 3. Las molestias de Roma. 4. Los glotones. 5. Los parásitos. 6. Las mujeres. 7. Miseria de la gente de letras. 8. Los nobles. 9. Los pervertidos. 10. La verdadera dicha. 11. El lujo de la mesa. 12. Los buscadores de herencias. 13. La conciencia. 14. El ejemplo. 15. La superstición. 16. Prerrogativas de la clase militar.

MARCIAL

M. Valerio Marcial nació en la ciudad de Bilbilis en la Celtiberia (la actual Calatayud) en el año 41. A los 20 años pasó a Roma, donde vivió por espacio de 34, dedicado casi por completo a la poesía, aunque sin sacar de ella el fruto que su talento merecía. Tito y Domiciano le dieron honores y distinciones, mas no los medios económicos que necesitaba. Al ver que el emperador Trajano no daba estimación a sus obras, decidió volver a Bilbilis, para lo cual generosamente le pagó el viaje Plinio el joven. En Bilbilis mejoró su situación, por haber casado con una mujer rica llamada Marcela; mas nunca pudo olvidar las delicias de Roma. Murió después del año 100,

Marcial se hizo famoso por sus *Epigramas*.

EPIGRAMAS

Mujeres siete hasta aquí
 en tu campo has enterrado.
 A ninguno, Fabio, ha dado
 más fruto un campo que a ti.

—

Por casarse va detrás
 de mí Paula, y me festeja;
 yo no quiero porque es vieja;
 quisiera si fuera más.

En vida nada me das;
 prometes darme en muriendo.
 Si no eres necio, Marón,
 ya entiendes lo que deseo.

—
 De enviarte mis libros huyo:
 ¿sabes por qué, Pontiliano?
 porque me temo, y no en vano,
 que me remitas el fuyo.

(Traducción de D. Juan Iriarte.)

Los «Epigramas.»—Ascienden a 1.500, divididos en 14 libros, a los que precede otro llamado *Libro de los espectáculos*, por referirse en su mayor parte a los espectáculos dados por Tito y Domiciano. Se distinguen estos epigramas por la vivacidad de su ingenio, bien que a menudo caigan en la mayor obscenidad. De los dos últimos libros, el uno se titula *Xenia* (regalos de hospitalidad) y el otro *Apophoreta* (regalos de mesa), porque contienen solamente una especie de motes o enunciados, que se ponían sobre los regalos distribuidos en las fiestas saturnales.



ÍNDICE

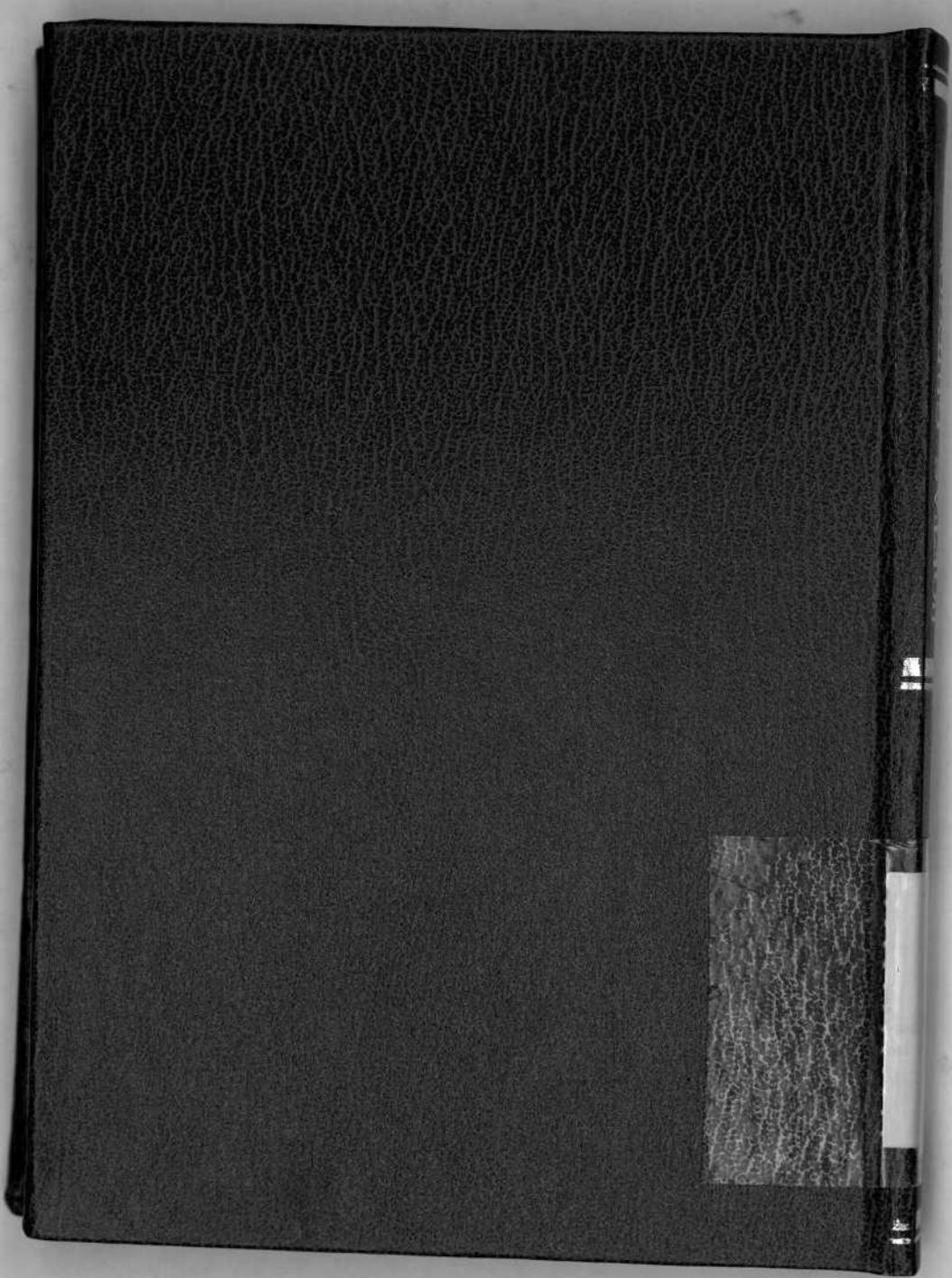
POETAS GRIEGOS

| | |
|-------------------|----|
| Homero. | 7 |
| Hesfodo. | 17 |
| Tirteo. | 22 |
| Safo. | 24 |
| Anacreonte. | 27 |
| Píndaro. | 29 |
| Esquilo. | 51 |
| Sófocles. | 56 |
| Eurípides. | 42 |
| Aristófanes. | 47 |
| Teócrito. | 52 |

POETAS LATINOS

| | |
|----------------|-----|
| Plauto. | 59 |
| Terencio. | 66 |
| Lucrecio. | 74 |
| Virgilio. | 78 |
| Horacio. | 91 |
| Catulo. | 100 |
| Ovidio. | 102 |
| Fedro. | 109 |
| Lucano. | 111 |
| Juvenal. | 114 |
| Marcial. | 118 |





CHINCHOS

PORELIAS

SL

100

IN